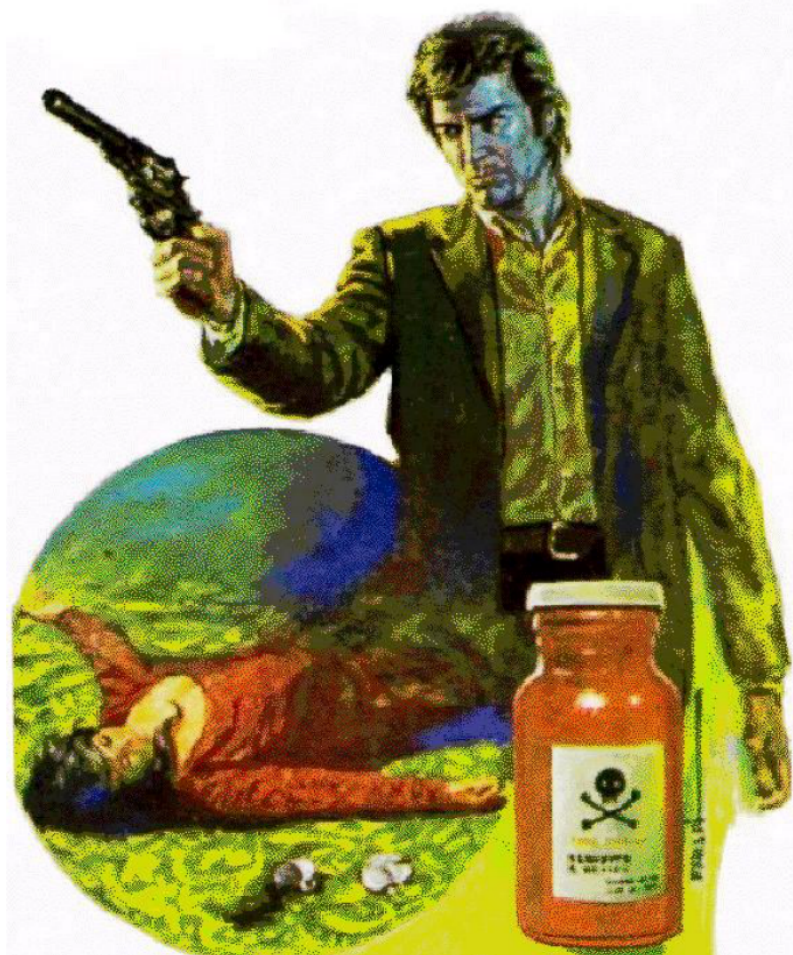


BOSSLIBROS BRILLANTE
**PUNTO
ROJO**

veneno para la señora

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

**VENENO PARA
LA SEÑORA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 758
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 36.624 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: noviembre, 1976

© Keith Luger - 1956

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. — La historia de Bill el Melenas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.367. — El hacha del carnicero.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza.
- En Colección KANSAS:
667. — Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
754. — Unidos en el crimen.
- En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby el Llorón.
- En Colección ASES DEL OESTE:
912. — Asalto al tren de Santa Fe.
- En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
356. — Balas para un sheriff cojo.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
6. — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

James Cronin, de treinta años de edad, uno setenta y cinco de estatura, moreno, de rostro bien parecido, embutido en un traje de buen paño, abrió de un tirón la puerta que tenía ante sí y penetró en el apartamento diciendo con voz jovial:

—Hermoso día, Susan.

La mujer a quien había dirigido el saludo era su secretaria Susan Blake, joven, bonita, de cuerpo esbelto y cara angelical. Al oír la voz de su jefe interrumpió la delicada labor que estaba realizando (se pintaba los labios) y sonrió mostrando una dentadura perfecta.

—Un día verdaderamente primaveral, señor Cronin.

—¿Y qué hace aquí, querida? ¿Por qué no manda todo al diablo y se va a pasear con su novio?

Susan agrandó los ojos, exclamando:

—¡Pero, jefe!

James Cronin se sentó en el borde de la mesa ante la que se hallaba Susan y repuso:

—¿Lo dice por el trabajo? Lo que se hace en un día muy bien puede demorarse veinticuatro horas.

—Tiene tres visitas esperándole en la sala.

—¿Tres visitas? ¿Y qué? Ellos también pueden largarse.

—¡Señor Cronin! Una de ellas es Terry Carson, el famoso abogado criminalista.

—¿Sabe lo que quiere?

—Naturalmente, no me lo ha dicho. Pero he notado cierta preocupación en su rostro.

—¿Y los otros dos, quiénes son?

—Hay un tal Isaías Smith, agente de Bienes Raíces.

Mencionó su asunto. Desea que se ocupe usted de investigar las andanzas de un cliente suyo.

Cronin compuso una mueca de espanto.

—¿Cree que voy a aceptar un asunto civil, Susan? Dígale que sólo me interesan los asuntos criminales, pero dele una tarjeta mía para Sam Butler.

—De acuerdo, jefe.

—¿Y el tercer visitante?

—Se trata de una mujer.

Ahora los labios de Jimmy dibujaron una sonrisa.

—¿Una mujer...? Ya decía yo que una mañana como la de hoy me tendría que reservar una agradable sorpresa.

—Lo siento... —murmuró Susan.

—¿Por qué dice eso?

La secretaria tosió como si no se atreviese a replicar, pero, finalmente, lo hizo:

—La señora Fortescue tiene unos cincuenta y cinco años y parece haberse escapado de una de las tarjetas postales que le enviaba mi abuelito a su esposa.

—¿Tan rara es?

—Podrá comprobarlo usted mismo.

—¿Y qué quiere que yo haga por ella?

—No he podido sacarle una palabra al respecto. Parece una mujer muy reservada.

Cronin se incorporó, disponiéndose a introducirse en su despacho.

—Haré pasar al señor Carson —dijo Susan, levantándose a su vez.

—Quiero recibir primero a la señora Fortescue.

—Pero..., el señor Carson se molestará.

—Eso me importa un rábano, querida. Haga lo que le digo.

Jimmy se sentó ante su mesa y encendía un cigarrillo cuando la puerta que comunicaba con la sala de visitas fue abierta por Susan y la voz de ésta anunció:

—La señora Ruth Fortescue.

Cronin se levantó, observando a su visitante. Hubo de reconocer que Susan, una vez más, había estado acertada en su somera descripción. Aquella dama vestía de una forma completamente arcaica. El conjunto de su modelo podía pertenecer a la década del veinte, la época de la depresión. Un vestido largo, estampado, con grandes flores azules y verdes, y un sombrero rematado con otra

flor. Su rostro estaba muy envejecido pero, no obstante, destacaba en él la vivacidad de unos ojos color castaño.

—¿Quiere sentarse, señora Fortescue?

La mujer sonrió beatíficamente y ocupó el sillón que Cronin le señalaba.

—¿Qué desea, señora Fortescue?

Ruth puso sobre el regazo el gran bolso oscuro que llevaba en su mano derecha y replicó:

—Quiero que me devuelva a mi hija Ginia.

Hubo tal naturalidad en su voz que Jimmy tuvo la impresión de que se dirigía a él como si tuviese a su hija Ginia encerrada en su apartamento particular.

—Verá usted, señor Cronin. Ginia ha pasado estas Navidades fuera de casa. Es absurdo, créalo. Ginia es una chica un poco moderna, pero de magníficos sentimientos hacia mí. Soy su madre y me respeta, me quiere. Siempre ha sido así.

Cronin carraspeó y dijo con voz benévola:

—Perdone, señora Fortescue, pero ¿por qué no empieza desde el principio? Según deduzco por sus palabras, su hija Ginia ha desaparecido de su casa.

—Oh, no. No debe usted decir eso.

Cronin empezó a pensar que el día no era tan primaveral como lo había calificado al salir de casa.

—Yo se lo explicaré, señor Cronin. —La señora Fortescue hizo una pausa y luego prosiguió—: El veintitrés de la semana pasada, viernes, fui a felicitar las Pascuas a mi hermana Gertrudis, como todos los años hago en este mismo día. Su marido es Dick Carpenter, el dibujante de chistes. Tienen una granja en Kentucky, donde pasan las Navidades. Me despedí de Ginia aquella mañana porque no regresaría hasta la noche. Ginia trabaja como taquillera en el cine Odeón, ese que da programas de actualidades. Su turno empieza a las diez de la mañana y termina a las seis de la tarde. Permanecí todo el día con mi hermana y a las siete regresé a nuestra casa, en la calle Setenta y Dos, número ciento cincuenta y dos. Me llevé la primera sorpresa. No estaba Ginia.

—¿Tenía que estar? —inquirió Cronin.

—Sí. Ginia y yo debíamos salir juntas a hacer las compras de Navidad. No obstante, pensé que podía haberse entretenido en su

camino a casa y esperé confiada. Cuando dieron las ocho y ella seguía sin aparecer, decidí efectuar las compras yo sola. Así lo hice y a las nueve y media volví a casa. Recibí la segunda sorpresa.

—¿Ginia estaba allí?

—No, señor.

—¿En qué consistía, entonces, la sorpresa?

—En que había estado durante mi ausencia.

—Oh, ya. Le dejó a usted una nota.

—Tampoco.

Jimmy Cronin echó de menos una botella de bromuro. Era el día más infernal del año.

—Continúe usted, señora Fortescue.

—Como le digo, Ginia había estado allí. Sobre un sillón del *living-room* había dejado la falda y el suéter que se había puesto aquella mañana para ir al trabajo. Miré en el ropero. Faltaba el último traje que se había hecho. Un tipo sastre color marrón a cuadros. También se había cambiado de zapatos, dejando los llanos que se puso por la mañana y sustituyéndolos por unos de tacón alto que hacían juego con el vestido.

La señora Fortescue hizo una nueva pausa, oportunidad que aprovechó Cronin para preguntar:

—¿Lo ha hecho otras veces?

—¡Oh, no, señor Cronin...! ¡Jamás!

—De acuerdo, ¿qué pasó después?

—A las diez recibí un telegrama.

—¿De quién?

—¿De quién podía ser? De Ginia.

—¿Desde dónde se lo puso?

—Desde el mismo Nueva York. Lo traigo aquí para que lo vea — la señora Fortescue abrió el bolso y extrajo un papel amarillo que alargó por encima de la mesa a Cronin.

Jimmy lo cogió y, abriéndolo, leyó su contenido que decía:

«Me marchó a Montgomery, Alabama. Regresaré el día veintiséis. Abrazos.

»Ginia».

Jimmy dejó el telegrama ante sí, sobre la mesa, y preguntó:

—¿No ha vuelto a tener noticias de ella?

—No, señor, y hoy es ya veintiocho. No llegó anteayer como decía y, aunque estaba sobresaltada, preferí esperar veinticuatro horas más.

—¿Se ha puesto en contacto con la Oficina de Personas Desaparecidas?

—No, señor. Es usted a quien me dirijo primeramente pidiendo ayuda.

—¿Por qué me ha elegido a mí?

—He seguido a través de la prensa algunos casos en que ha intervenido usted y sé que es el detective privado más leal que ejerce en Nueva York.

—Gracias, señora Fortescue. Pero ahora ha de contestarme a unas preguntas. Le advierto que, para que yo sea leal con mis clientes, ellos han de serlo imprescindiblemente conmigo. En otro caso, mis esfuerzos resultarían completamente infructuosos. Excúseme si alguna de mis preguntas hiere su susceptibilidad, pero tenga en cuenta que sólo me guía el fin para el que usted me necesita.

—Estoy dispuesta.

—¿Su hija es soltera?

—Sí, señor.

—¿Quién es su novio?

—No tiene. Ginia es muy reservada en sus asuntos íntimos, pero sé que ha salido con uno o dos hombres durante este año. No le puedo decir nada acerca de ellos.

—¿Cómo sabe, entonces, que salía con esos hombres?

—Mi sitio favorito, en nuestra casa, es al lado de la ventana. Allí me siento en un sillón a hacer labor. Desde ese lugar he visto a Ginia descender de un coche varias veces.

—¿Siempre el mismo automóvil?

—No. Por eso me refería a dos hombres. Un coche era de color crema y el otro negro.

—¿Se fijó en los números de la matrícula?

—No, señor. Yo no podía suponer que eso llegaría a tener importancia.

—Lo comprendo. ¿Cuál de los automóviles es el más reciente?

—El negro. La última vez que lo vi fue el veintiuno a las nueve

de la noche.

—¿Notó algo extraño en su hija, cuando llegó a casa?

—Nada en absoluto.

—Y con anterioridad a mil novecientos setenta y seis, ¿ha sostenido su hija relaciones con algún hombre?

—Mi hija tiene veinte años. Estuvo al final del año pasado internada en un colegio de Filadelfia, merced a una manda que le dejó su abuelo, el padre de mi marido, para atender a su educación. Ginia entró en el colegio a los doce años.

—¿Ha traído usted alguna foto de su hija?

La señora Fortescue abrió de nuevo el bolso y extrajo una cartulina que alargó nuevamente a Cronin, el cual no más puso sus ojos en ella estuvo a punto de lanzar un silbido de admiración.

Realmente, la mujer que se reflejaba en aquella foto era de una belleza y hermosura escalofrantes. Morena, de ojos negros, cabello de ala de cuervo, rostro ovalado y cuerpo de formas gráciles. Debía de ser una foto muy reciente porque se cubría con un traje sastre a cuadros aun cuando no se distinguía, como era natural, el color.

—¿Cree que le habrá pasado algo? —preguntó de pronto la señora Fortescue.

—No, naturalmente que no —respondió Jimmy.

—¿Se encargará de buscarla?

Cronin se mantuvo unos instantes pensativo, observando a la mujer. En sus ojos había una súplica muda. De buena gana le hubiese dicho que él no se ocupaba de devolver al aprisco a las ovejas descarriadas. Pero le dolía defraudarla y lo que contestó fue:

—De acuerdo, señora Fortescue. Me encargaré de su caso.

Ruth dio un suspiro, sonriendo y, seguidamente, dijo:

—No se arrepentirá, señor Cronin. Soy una persona agradecida. Desde luego le pagaré sus honorarios. No poseo una gran fortuna, pero dispongo de dinero para atender los gastos que lleve consigo su intervención.

—Ya hablaremos de esa cuestión en otro momento, señora Fortescue. Puede irse tranquila a casa. Lo que sí le ruego es que, en cuanto reciba noticias de Ginia, me las comunique.

—Así lo haré, se lo prometo. —Ruth se quedó pensativa y, al cabo de un instante, preguntó—: ¿Cree usted, de veras, que voy a recibir noticias de ella?

Jimmy se incorporó y, mientras daba la vuelta a la mesa, repuso:
—Estoy seguro de ello.

Su visitante también se levantó y dirigiéronse ambos hacia la puerta. Se despidieron en el umbral.

—Adiós, señora Fortescue. Ya nos veremos.

La mujer estrechó la mano del joven y salió del despacho, precisamente por la puerta comunicante con el de Susan Blake, la cual la obsequió con una sonrisa cuando pasó junto a su mesa. La puerta del corredor se cerró tras la cliente, y entonces emitió una risita, diciendo:

—Conque usted es el hombre duro, ¿eh, jefe?

Jimmy se metió las manos en los bolsillos y empezó a pasear por la oficina de su secretaria, replicando:

—¿Ha tomado nota de la conversación?

—Slocum arregló el circuito perfectamente. No se me ha escapado una sola palabra.

—¿Qué quería que hiciese? Tenía que haber visto usted la mirada que me dirigió. Me llegó al alma. No tuve más remedio que aceptar su encargo. —Se detuvo mirando a Susan y continuó—: ¿No lo comprende, Susan? En realidad, no hay tal encargo. Ginia se ha largado a Montgomery con su hombre a pasar cuatro o cinco días en aquella ciudad y puede que cuando la señora Fortescue llegue a casa se la encuentre fresca como una rosa. Está tan claro como el agua. ¿Sabe cuántas chicas de Nueva York se fugan de sus casas en el transcurso de un año? ¡Más de cuatro mil! Un cuarenta por ciento de ellas regresan a la casa de sus padres con un anillo de boda. Un treinta por ciento lo hacen llorando. Y un veinticinco por ciento vuelven sin el anillo y sin llorar. ¡Es el último comunicado de la Oficina de Personas Desaparecidas!

—Se olvida de una cosa, jefe.

—¿De qué se trata?

—Hay un cinco por ciento que no vuelven.

Jimmy Cronin chasqueó la lengua y, haciendo una mueca de reconvención, dijo:

—Ginia Fortescue quedará incluida en el noventa y cinco por ciento a que me he referido. ¡Téngalo por seguro! Y hablando de otra cosa, muchacha eficiente. ¿Qué hay de los otros visitantes?

—Conseguí desembarazarme del agente de Bienes Raíces y el

señor Carson continúa esperando. Por cierto, puso muy mala cara cuando hice pasar antes que a él a la señora Fortescue.

—Está bien. Haga entrar a ese abogado criminalista.

Poco más tarde, Terry Carson, atlético, fornido, rezumando optimismo y seguridad, estrechaba la mano del detective.

—Celebro conocerle, señor Cronin. He seguido sus hazañas desde Los Ángeles y tiene en mí a uno de sus más entusiastas admiradores.

—Yo lo soy de usted desde hace muchísimos años.

—Pero usted es algo único. Es el descubridor de un nuevo método de investigación. Ha logrado arrinconar todos los viejos.

Jimmy le señaló un sillón para que se sentase y, cuando ambos lo hicieron, preguntó:

—¿En qué puedo serle útil, señor Carson?

—He venido desde Los Ángeles para hacerle una proposición.

—¿De qué se trata?

—De construir la mayor fuerza contra el crimen de que se tenga noticia en nuestro país. Le estoy ofreciendo que trabaje usted conmigo. ¿Se da cuenta? ¡Terry Carson y James Cronin unidos!

—Pero usted ya tiene a Raúl Crake. El es un gran detective.

—No niego que sea un gran colaborador mío, pero, entiéndalo, él es para mí como un fichero de noticias, una verdadera agencia de información. Yo me voy cansando, no soy un hombre joven. En los últimos casos que he tenido que resolver me ha costado un verdadero esfuerzo tener que trasladarme de un sitio a otro. El médico me ha dicho que me cuide un poco más. Necesito a un hombre dinámico, capaz de llegar al meollo del asunto con un simple golpe de vista, que enfoque las cuestiones con clarividencia, que no se arredre ante dificultad alguna.

—Se está describiendo a usted mismo y debe tener en cuenta que sólo hay un Terry Carson.

—También lo estoy describiendo a usted. Estamos hablando cara a cara. ¿Para qué andar con rodeos? Ningún testigo nos puede acusar de inmodestos. Concedámonos, pues, un valor reconocido. Cada uno, en su profesión, es el mejor. Juntos seríamos invencibles.

Jimmy Cronin sonrió, replicando:

—Créame si le digo que esas palabras, viniendo de usted, equivalen al mejor premio que he recibido desde que inicié mi

trabajo de detective privado por equivocación. Nunca las olvidaré, pero me temo que no pueda aceptar su oferta.

—¿Por qué?

—Yo le explicaré. Usted y yo, siendo iguales, somos distintos. Utilizamos distintas armas para llegar a un mismo fin, lo cual significa una orientación completamente diferente respecto a un mismo caso. Usted es abogado, el mejor criminalista, como ha dicho, y por tanto sus méritos se han de basar en el conocimiento de las leyes. Siempre he pensado que la ley es algo así como una serpiente que se retuerce en un sentido o en otro en el momento más inesperado. Usted tiene domesticada a esa serpiente.

Terry Carson soltó una carcajada.

—Es condenadamente exacto. Pero a nadie se le podía ocurrir semejante comparación más que a usted.

—Celebro que lo reconozca así. Yo, en cambio, soy un simple detective privado. Conozco algo de la ley, lo imprescindible, pero mis recursos no se basan en una utilización de los que ella me concede. A mí me guía el instinto y no se puede dar idea de las veces que éste me traiciona y tengo que comenzar de nuevo. Sólo esa tenacidad común a los dos es la que me hace continuar mi labor hasta alcanzar un resultado satisfactorio.

Después de las palabras de Cronin, hubo un silencio en el despacho. Carson, siempre sonriente, con los ojos fijos en el rostro de su interlocutor, movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Tiene usted razón, Jimmy —murmuró—. Confieso que esta vez me ha ganado la partida.

—De todas formas, usted ya sabe que me tiene a su disposición.

El criminalista se levantó, diciendo:

—Me alegro de haber realizado este viaje. Ahora sé con certeza que en la costa Este hay otro hombre que secunda mis esfuerzos en la lucha contra el crimen. Ha sido un honor, Jimmy.

—Encantado, Terry.

Los dos hombres se estrecharon de nuevo la mano en el umbral de la puerta.

—¿Me permite una pregunta, Carson?

—Hágala.

—¿Cuándo se va a casar con su secretaria, Bella?

Terry distendió los labios en una sonrisa mostrando unos dientes

bien alineados y repuso:

—Puede que me atreva ahora, cuando llegue a Los Ángeles.

—Felicidades, entonces.

Carson salió, cambiando un saludo con Susan mientras cruzaba frente a la joven. Cuando la puerta exterior hubo producido un chasquido, tras desaparecer el abogado, Susan dirigió una mirada a su jefe, indicando:

—Lo oí todo. Se olvidó de cerrar el circuito. ¿No cree que ha desaprovechado la gran oportunidad de su vida?

Jimmy se encogió de hombros y empezó a girar para meterse en su despacho, cuando repiqueteó el teléfono que había sobre la mesa de Susan.

—Sí, diga..., ¿quién...?, ¿la señora Fortescue...? ¿Su hija Ginia...? —Susan guardó silencio durante unos segundos atendiendo a lo que le comunicaban y, finalmente, separó el auricular de su oído y con ojos agrandados dijo a Jimmy—: ¡Es la señora Fortescue!

—Ya lo he oído —repuso Cronin—. ¿Qué dice?

—Ginia ha vuelto a casa..., hace un momento... ¡Pero se está muriendo...! ¡Quiere que vaya usted en seguida!

Jimmy frunció el entrecejo.

—Ginia Fortescue ha sido envenenada... La ha examinado un médico. Dice que le quedan pocos minutos de vida...

Jimmy Cronin echó a correr y salió de la oficina dando un portazo.

CAPÍTULO II

Jimmy Cronin pulsó el timbre de la puerta que tenía ante sí y esperó nerviosamente que le abriesen. Habían transcurrido diez segundos y se disponía a repetir la llamada cuando la puerta se abrió, apareciendo en el hueco un hombre de unos cuarenta años de edad, mediana estatura y cabello castaño.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó el detective.

Cronin no respondió, sino que se introdujo en el apartamento, inquiriendo a su vez:

—¿Dónde está la señora Fortescue?

—¡Eh, oiga! —gritó el otro—. ¡No puede entrar aquí!

Jimmy se volvió hacia él, dando a sus palabras un tono agresivo:

—¡Escuche, quienquiera que sea usted! ¡He venido a requerimiento de la señora Fortescue! ¡Ávisela inmediatamente!

Su interlocutor no necesitó dar el aviso porque, en aquel instante, apareció Ruth por una puerta interior.

—Oh, por fin ha venido... —murmuró, y la voz se le quebró en llanto.

—¿Dónde está su hija? Quiero hablar con ella inmediatamente.

—Ya no puede hacerlo, señor Cronin. Ginia ha muerto.

Hubo un silencio en la estancia que rompió Jimmy, advirtiéndolo:

—Mi secretaria debe de haber entendido mal. Me comunicó que su hija había sido envenenada.

—Oyó perfectamente, señor Cronin.

En ese momento, por detrás de la señora Fortescue, hizo su entrada en la estancia un hombre de mediana edad, talla regular y nariz aguileña, quien indicó:

—Debe comunicarlo inmediatamente a la policía, Ruth.

—Espere todavía unos instantes —objetó Jimmy rápidamente.

La madre de Ginia miró de hito en hito a los dos hombres que

acababan de hablar y terminó por decir:

—Le presento al doctor Mallory, nuestro médico, señor Cronin... Este caballero es James Cronin, doctor, el detective de quien le habló.

Mallory dirigió una mirada glacial a Jimmy, inclinándose ligeramente la cabeza al tiempo que manifestaba:

—No dudo de la capacidad del señor Cronin, mas sigo pensando que la policía debe ser informada de lo ocurrido cuanto antes.

—Opino como usted —respondió Jimmy—, pero ¿tiene inconveniente en invertir antes dos minutos en informarme particularmente a mí?

—Podemos ser acusados de obstruir la labor de la justicia.

—No se preocupe. Yo cargaré con la responsabilidad.

—Está bien. Me acogeré a sus palabras. De todas formas, no hay mucho que contar. Ruth llegó hace media hora a casa, encontrándose a su hija en su dormitorio quejándose de fuertes dolores en el estómago. Apenas podía hablar. Inmediatamente Ruth me llamó por teléfono. Me presenté aquí unos siete minutos más tarde. Tengo mi consulta dos manzanas más arriba de esta misma calle. Examiné a Ginia, comprobando que había ingerido una fuerte dosis de veneno.

—¿Qué clase de veneno?

—Bicloruro de mercurio.

—¿Cómo sabe usted que era bicloruro de mercurio?

—Por el estado en que tenía la lengua, boca y garganta. El bicloruro quema como el fuego. Respecto a los demás detalles tendrá que esperar a lo que se dictamine en la autopsia.

Ruth emitió un sollozo.

—¿Qué les contó Ginia? —inquirió Cronin.

—Se encontraba en período preagónico —siguió respondiendo Mallory—. Los dolores eran tan agudos que casi había perdido el conocimiento. Se ha limitado a repetir continuamente un nombre.

—¿Cuál?

—John Walker.

—¿Quién es John Walker?

—No lo había oído antes de ahora.

—¿Y usted, señora Fortescue?

Ruth meneó la cabeza en sentido negativo mientras susurraba:

—No, nunca.

—¿No consiguieron que les dijese quién era?

—Se conoce que usted no ha visto nunca a un envenenado con bicloruro de mercurio —comentó Mallory.

—¿Ha tenido muchos casos semejantes, doctor?

—Éste es el tercero. En los anteriores casos siempre se ha tratado de un suicidio. El bicloruro de mercurio es uno de los venenos más activos.

—¡Pero, doctor...! ¡Usted no creerá que mi hija se ha suicidado!
—exclamó Ruth, mirando con ojos espantados a Mallory.

—Claro que no, Ruth. Ginia no tenía motivos para hacer una cosa así —el médico se volvió hacia el detective, consultando—: ¿Le parece que llame ahora a la policía, señor Cronin?

—Puede hacerlo.

La señora Fortescue se dejó caer en un diván, donde empezó a llorar cogiéndose la cabeza con las manos.

El hombre que había abierto la puerta a Jimmy se dirigió a éste, declarando tras un carraspeo:

—Mi nombre es Plimmer, David Plimmer. Perdóneme lo de antes, señor Cronin. No le había reconocido aunque he visto varias veces su foto en los periódicos. Soy vecino de la señora Fortescue.

—Me gustará hablar con usted luego —respondió el detective.

Hasta el *living-room* llegaban las palabras que se filtraban por la puerta entreabierta de la habitación en que el doctor telefoneaba a la policía.

Jimmy pasó al dormitorio donde Ginia Fortescue había empezado a dormir su último sueño. El dolor atroz que debía haber sentido en los últimos momentos de su vida no había dejado huella en su rostro, conservando éste su belleza serena, apacible.

Examinando atentamente la cabeza de la joven, descubrió un pequeño arañazo junto a la oreja izquierda. Encontró otros detalles. Los dedos de Ginia terminaban en uñas largas, pintadas de rojo, pero las del índice y pulgar de la mano derecha estaban partidas. El tobillo de la pierna izquierda, aparecía hinchado. Se hallaba descalza, con las medias puestas. Habían dejado los zapatos a los pies de la cama. Jimmy sacó el pañuelo del bolsillo y, con ayuda de éste, cogió uno de aquéllos, observándolo cuidadosamente. Era de ante marrón y en el empuje observó una mancha de barro que se

había secado. Igualess huellas encontró en la suela.

—Será mejor que deje eso —dijo de pronto por detrás de él, la voz del doctor Mallory.

Cronin puso el zapato en el suelo y se enderezó, volviéndose hacia el médico.

—Ya he terminado. ¿Qué le han dicho los de la brigada?

—Vendrán inmediatamente.

Jimmy salió del dormitorio y se dirigió hacia el diván donde se hallaba sentada, ya más serena, la madre de la víctima.

—Señora Fortescue, la policía se va a ocupar de investigar oficialmente la causa de la muerte de su hija. Ahora es el momento de que usted diga si yo debo proseguir o terminar mi trabajo.

—Según me ha dicho Ruth —intervino el doctor—, ella lo contrató a usted para que diese con el paradero de su hija. Por tanto, ha acabado su misión. Como usted muy bien dice, la policía se encargará de esclarecer las extrañas circunstancias que rodean la muerte de Ginia.

—¿Es usted también el abogado de la familia, señor Mallory? —le retrucó Jimmy con ironía.

—Sólo soy su médico, pero al mismo tiempo un amigo.

—Pues entérese de esto, amigo. Mi única intención al dirigirme ahora a la señora Fortescue era informarle de que se encuentra en completa libertad para utilizar o no mis servicios. Y he de advertirle, también, que si me despide no le cobraré ni un solo centavo. —Jimmy se volvió hacia Ruth, preguntando—: ¿Qué decide, señora Fortescue?

La respuesta de Ruth fue rápida.

—Continúe, señor Cronin.

—Le agradezco su confianza —contestó el detective—. Trataré de no defraudarla. Si tiene algo que contarme, acuda a mi despacho. Caso de que no me encuentre allí, puede dejar el mensaje a mi secretaria. Tendrá noticias mías. Adiós.

Jimmy se dirigió hacia la salida y, en el camino, cogió a Plimmer por un brazo, llevándoselo consigo.

Cuando ambos estuvieron en el corredor, fuera del apartamento, le preguntó:

—¿Qué puede decirme de Ginia, Plimmer?

—¿En qué sentido?

—En todos. ¿Qué le parecía ella?

—Era una joven muy alegre, poseedora de una simpatía arrolladora. A pesar de nuestra vecindad he tenido pocas ocasiones de hablar con ella. —Plimmer sonrió amargamente, murmurando—: Yo no era su tipo.

—¿Cuál era?

—Pertenecía a la clase de mujeres que prefieren los hombres más guapos...

—Supongo que para que usted haya llegado a esa conclusión, la habrá visto en compañía de algún ejemplar perteneciente a esa fauna...

—Así es. La vi exactamente dos veces. En ambas ocasiones el sujeto en cuestión, el mismo de siempre, la esperaba al salir de su trabajo en el cine Odeón.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—La primera vez fue hace unos dos o tres meses y la última la semana pasada.

—¿Recuerda el día exacto?

—Fue el veintidós. Lo recuerdo porque todas las semanas yo iba a ver el programa. El día veintiuno había decidido ir, pero a última hora de la tarde se me presentó un cliente y cuando terminé con él se me había pasado la hora. Tuve que dejarlo para el día siguiente.

—¿Puede decirme a qué se dedica usted?

—Soy representante de la casa Johnson, fabricantes de cochecitos de niños.

—Puede ser muy importante la descripción que me haga de ese hombre.

—Procuraré ser lo más exacto posible. —Plimmer entrecerró los ojillos y, tras humedecerse los labios con la lengua, dijo—: Es casi de la misma estatura que usted, de unos treinta y cinco años de edad. Debe pesar alrededor de los ochenta kilos. Moreno, ojos negros, facciones correctas. El día veintidós se cubría con sombrero gris, un abrigo del mismo color con dibujo de espiga y zapatos color marrón.

—Posee usted una gran memoria, señor Plimmer.

El representante de la casa Johnson enrojeció visiblemente, arguyendo:

—Yo salía en aquel momento del cine. Recuerdo que eran las

seis y cinco.

—La hora en que Ginia acababa su trabajo.

—Sí, eso es. Ella también me vio y cambiamos un simple saludo. Luego Ginia se acercó al hombre que la esperaba y se marcharon por la acera.

Hubo un silencio mientras Cronin movía la cabeza de arriba abajo. De pronto disparó:

—¿No le dijo usted nunca a Ginia que estaba enamorado de ella?

El golpe fue encajado por su interlocutor. Se puso más rojo que antes y abrió la boca para responder, pero sólo pudo balbucir:

—No..., señor Cronin..., nunca.

Una sirena policíaca aulló en la calle.

Jimmy dio una palmada en la espalda de Plimmer, diciendo:

—Gracias por sus informes. Si le necesito, me pondré en contacto con usted.

Inmediatamente se dirigió a la escalera y, segundos más tarde, abandonaba el edificio.

Una vez en la calle se dirigió a un bar y, entrando en la cabina telefónica, marcó el número de su despacho. La voz de Susan Blake le cosquilleó en el oído:

—Despacho del señor Cronin. ¿Qué desea?

—Aquí Cronin en persona, querida. Tome nota de esto: Ginia Fortescue ha muerto. Su madre me ha autorizado a proseguir la investigación. Anule todas las visitas hasta nueva orden. No quiero ver a nadie. Llame a Sam Butler. Dígale que me informe si el viernes veintitrés salí de Nueva York rumbo a Montgomery, Alabama, o con destino a otro sitio, Ginia Fortescue. Pudo ir sola o acompañada... —a continuación Jimmy dio la descripción de Ginia y la del hombre que la había esperado el día veintidós a la salida del Odeón, prosiguiendo después—: Hay un misterioso John Walker en el jaleo. Quizá sea el fulano de que le he hablado. Apremie a Sam, diciéndole que quiero resultados inmediatos. Prolongue su estancia en la cocina cuanto le sea posible, querida.

—¡Pero estoy citada con mi novio!

—Llámele por teléfono y dígale que tiene paperas.

Antes de que Susan pudiera replicar, Jimmy colgó el aparato.

Poco después se introducía en un taxi y daba la dirección del

cine Odeón.

CAPÍTULO III

Robert Frazier, propietario del cine Odeón, frisaba en los cincuenta años de edad y era moreno, de ojos negros y boca corta. Al entrar en la pequeña sala de visitas que había al lado del vestíbulo del cine Odeón se quedó mirando a su visitante, arqueando las cejas, y preguntó, después de echar una ojeada a la tarjeta que tenía en las manos:

—¿Qué desea, señor Cronin?

—¿Desde cuándo no ve a la señorita Fortescue?

—Ah, ¿es eso? ¿Es que ocurre algo?

Jimmy contestó de una manera indirecta:

—Estoy investigando, por encargo de la madre de Ginia, las causas de su desaparición.

—Comprendo. —Frazier hizo una pausa e inmediatamente añadió—: Estuvo trabajando en la ventanilla hasta las seis de la tarde del día veintitrés.

—¿No le pidió permiso a usted para salir antes ese día?

—En absoluto.

—¿Tuvo oportunidad de hablar con ella durante esa tarde?

—Sí. Un par de veces. Cuando el local se llena se vigila la venta de entradas al objeto de que no haya ningún espectador de pie. Ya sabe, de vez en cuando es necesario cerrar la taquilla.

—¿Su conversación con ella se limitó a esos pormenores del negocio?

—Naturalmente.

—¿Notó usted algo extraño? Quiero decir si la vio nerviosa o preocupada...

—Ocurrió algo que no era frecuente en ella, Dio el cambio a un espectador. Precisamente cuando yo me acercaba a la ventanilla, el caballero en cuestión le reclamaba la diferencia que existía a su favor. Desde luego, en Ginia es desusado. Era una muchacha muy

eficiente.

—¿Por qué dice usted «era»?

Frazier miró fijamente a su interlocutor, distendiendo sus cortos labios en una embarazosa sonrisa.

—No sé. Ha sido instintivo. Como se marchó sin avisar y han transcurrido ya cinco días desde entonces... Quizá sea también porque estoy hablando con un detective privado.

—¿Permanece usted todo el día en el cine, señor Frazier?

—Divido mi tiempo entre éste y otro que tengo en Ja calle Cuarenta y Nueve, Oeste, el Imperial. Cuando en uno de ellos hay más afluencia de público lógicamente he de dedicarle más horas.

—¿Desde cuándo trabaja para usted Ginia?

—Hace cosa de año y medio.

—¿Cómo entraron en contacto?

Frazier carraspeó, diciendo:

—Se dirigió directamente a mi preguntándome si tenía algún empleo para ella. Pensé que haría una buena acomodadora y la contraté para este puesto, pero sólo duró en él tres semanas. Era demasiado atractiva para el cargo. Tuvo varios jaleos con los espectadores y como había de prescindir de ella dentro de la sala y no quería despedirla, me las arreglé para librarme de una de las taquilleras y puse en su lugar a Ginia. Fue una idea acertada. Se portó estupendamente en su nuevo puesto.

—¿Qué tal sus relaciones amorosas? —preguntó Jimmy con voz fría. Y al notar que las mejillas de su interlocutor se coloreaban, se apresuró a añadir—: Naturalmente, me refiero a las de Ginia.

—Oh, sí, claro... Tenía muchos moscones a su alrededor. Entre el público existe siempre el tipo pesado que requiebra a las taquilleras y hace lo posible por convencerlas de que salgan con él, pero en ese aspecto ella era una muchacha de conducta intachable.

—¿No observó si alguien la esperaba alguna vez a la salida de su turno?

Hubo un largo silencio entre el detective y el dueño del Odeón, mientras se miraban atentamente a los ojos.

—Sólo he conocido a uno que tuvo éxito.

Jimmy sacó un paquete de cigarrillos y lo tendió a Frazier, pero éste negó con la cabeza y él cogió uno y lo encendió. Cuando arrojó una bocanada de humo, inquirió:

—¿A quién se refiere?

—A un hombre que vi paseando delante del cine el día antes de marcharse Ginia.

—¿Le había visto con anterioridad?

—No.

—¿Puede describírmelo?

—Soy un mal fisionomista y, además, no me fijé apenas en su cara.

—¿Cómo sabe que la esperaba a ella?

—Vi cómo Ginia, al salir, se dirigía hacia él, y se pusieron a andar juntos. Ahora recuerdo que él llevaba un abrigo gris.

—¿No tiene nada más que decirme, señor Frazier?

—Creo que no.

—Está bien. Será mejor que se lo diga yo antes de que lleguen los de la Brigada de Homicidios.

—¿Brigada de Homicidios? —repitió Frazier, haciendo una mueca de perplejidad.

—Ginia Fortescue ha muerto. Para ser más exacto, ha sido envenenada.

—¡Santo cielo...! —exclamó el dueño del Odeón.

Jimmy escrutaba el rostro de Frazier y hubo de admitir que la sorpresa que reflejaba parecía real. Por ello dio por terminada su entrevista respecto a él y se dirigió hacia la puerta, volviendo la cabeza cuando ponía la mano en el picaporte.

—¿No tiene ahora nada que añadir a lo dicho antes?

—No —repuso el otro.

Cronin asintió con la cabeza y salió definitivamente del despacho.

Se presentó al portero que se hallaba en aquellos instantes de servicio en la puerta del cine. Llamábase Ernest Clifford y era alto, de anchos hombros y brazos largos. A la pregunta de Cronin respecto a si conocía al novio de Ginia Fortescue, contestó:

—¿Dice novio, señor Cronin? No. Está equivocado. Ginia no tenía novio. Yo también lo creí como usted, pero ella misma lo negó.

—Cuénteme cómo ocurrió eso.

—Yo había visto tres o cuatro veces a Ginia abandonar su trabajo en compañía de un hombre.

—¿Cómo era ese hombre?

—Casi tan alto como yo, de cara bien parecida...

—¿Vestía un abrigo gris?

—Sí, eso es. Como le iba diciendo, hace siete u ocho días, cuando Ginia pasaba a mi lado despidiéndose, yo le dije: «Se va con su novio, ¿eh, señorita Fortescue?». Y ella me contestó: «No es mi novio, Ernest. Se trata simplemente de mi amigo Sandy Stuart».

—¿Sandy Stuart? —repitió Cronin, estremeciéndose.

—Sí, estoy seguro de ello. Fue la semana pasada. El veintidós, eso es. Por el poco tiempo que ha transcurrido he retenido el nombre de ese caballero.

—¿Ha esperado algún otro hombre a Ginia en el transcurso de las últimas semanas?

—A veces empezaba a dar vueltas arriba y abajo, frente a la taquilla, algún sujeto con ganas de meterse con Ginia. Son tipos que se conocen en seguida. Pero no tenían nada que hacer con la chica.

—Entonces, ¿usted cree que Sandy Stuart hubo de conocer a Ginia en otro sitio?

—Yo creo que sí.

—Una última pregunta, Ernest. ¿Ha vuelto ese hombre por aquí durante los últimos cinco o seis días?

—No. Después de aquello, no. Creo que fue el día antes de que la señorita Fortescue se marchase. ¿Supone usted que le ha podido pasar algo?

—Ginia ha regresado esta mañana a su casa. Pero estaba envenenada. Murió poco después, sin que pudiese explicar nada de lo que le había ocurrido.

Ernest se quedó inmóvil como una estatua.

Dos espectadores, un hombre y una mujer, iban a entrar en el cine. El hombre tendió las entradas hacia el portero, pero éste no se dio cuenta de ello y aquél hubo de soltar una exclamación para que los boletos le fuesen picados.

—¡Qué desgracia! —exclamó luego Clifford, mirando al detective—. ¡Parece increíble...! La señorita Fortescue era tan buena muchacha...

—¿Va a ayudarme, Ernest?

—¡Por todos los cielos! Si en mi mano estuviera mandar al verdugo a quien ha matado a Ginia, no vacilaría en colaborar con

quien fuese. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Usted se acaba de referir a un suceso que ocurrió el día veintidós. Es decir, cuando Ginia le dijo que su acompañante era Sandy Stuart, un amigo suyo. Ella acudió al trabajo el veintitrés. ¿Estaba usted de servicio aquella tarde?

—Sí, señor. Acababa de entrar. Somos dos empleados para este cargo. Cada semana cambiamos de turno. Yo entraba la semana pasada a las seis, y Ginia acostumbraba salir de aquí a las seis y cinco o seis y cuarto, el tiempo que empleaba en hacer la liquidación.

—¿Qué pasó ese día? ¿No vino a esperarla Sandy Stuart?

—No, señor... —Ernest se quedó pensativo unos instantes y, de pronto, dijo—: ¡Espere...!

Jimmy sintió un nuevo escalofrío e instintivamente echó el torso hacia delante para no perder una sílaba de lo que podía revelar Clifford.

—Ginia salió da la taquilla e iba a pasar por esta puerta. Sí, así fue. Yo le pregunté: «¿Cómo va a pasar las Navidades, señorita Fortescue?». Y ella me contestó: «Como todos los años. En casa, con mi madre. Sin pena ni gloria».

—¿Está seguro de que dijo eso, Ernest?

—Completamente, señor Cronin.

—¿Hubo algo más?

—No. Ginia se marchó esa tarde sola... ¡Santo Dios! ¡Quién me iba a decir a mí que era la última vez que la veía viva!

Jimmy se quedó un rato pensativo y, finalmente, dijo:

—Gracias, Ernest. Me ha servido de gran ayuda. No ha señalado al asesino de Ginia, pero acaso me haya dado una buena pista. Le volveré a ver.

Cronin iba a salir del local cuando vio en el vestíbulo, cerca del despacho de la dirección, a Robert Frazier, el cual le miraba fijamente.

El detective ganó la calle y, poco después, se introducía en un coche, dando al conductor la dirección del edificio donde se ubicaban sus oficinas.

CAPÍTULO IV

Cronin entró como un huracán en el despacho donde trabajaba Susan, preguntado rápidamente:

—¿Hay noticias de Sam?

La secretaria, que había dado un respingo, sobresaltada por la inopinada aparición de su jefe, se rehízo contestando:

—¿Cómo quiere que ya tenga noticias? No hace una hora todavía que usted hizo el encargo.

—Escuche, muchacha eficiente. Le hablé de resultados inmediatos.

—Pero Saín no es una máquina. ¿Cómo está el asunto...?

Jimmy empezó a pasear a grandes zancadas por la estancia.

—Condenadamente enrevesado. Ginia Fortescue era una chica muy reservada. Por lo visto, no hacía confidencias de sus aventuras a nadie. Sólo hay una pista. Un tal Sandy Stuart la esperó varias veces a la salida del cine, la última de ellas la víspera del día en que desapareció. Sandy es, al parecer, el individuo que le describí por teléfono, pero Ginia negó al portero del cine que fuese su novio. De lo que estoy convencido es de que ella no había previsto el viaje a Montgomery.

—¿Cree usted, realmente, que ha habido tal viaje, jefe?

—Ginia lo creyó a pies juntillas. Fue a su casa estando ausente su madre ese mismo día veintitrés y se cambió de vestido, poniéndose uno sastre. Pero lo raro del caso es que no se llevó maleta.

—Desde luego, existe el telegrama —apuntó Susan.

—Es la prueba de menos valor. Ni siquiera sabemos si lo puso ella.

Susan indicó:

—Se dejó el telegrama encima de la mesa del despacho y me permití decir a Sam que investigase sobre él.

Jimmy sonrió, replicando:

—Eso ha estado bien. Pero ya verá como no nos conduce a nada.

—¿Se ha enfrentado ya con la policía?

—No. Todavía no, pero no tardará en ocurrir. Les he sacado quince minutos de delantera y han pasado tres días desde que estoy hablando con usted. Dentro de doce verá usted la cara del teniente Simmons.

—Me sé de memoria sus muecas. Se plantará ahí donde está usted y me dirá con la cabeza doblada: «Anúnciame a su patrón, monada».

Jimmy rió y se introdujo en su despacho. Sentóse ante la mesa y se puso a pensar en las circunstancias que rodeaban la muerte de Ginia Fortescue.

De pronto sonó el timbre del teléfono y descolgó el auricular, llevándoselo al oído:

—¿Eres tú, Sam?

—¿Quién podía ser, verdugo?

—Suelta el grifo inmediatamente. Estoy esperando la visita de la policía.

—¡Has tenido suerte! Di con lo que buscabas. Ginia Fortescue salió de Nueva York el viernes veintitrés, hacia Montgomery, Alabama, en el tren de las diez de la noche.

—¡Estupendo, Sam!

—Eso no es todo. Viajaba en compañía de un tal Norman Darrow en un departamento con dos camas.

—¿Es posible?

—Darrow encargó los billetes a la agencia Continental tres horas antes de que saliera el tren.

—¿Quién es ese Darrow?

—¡Por todos los demonios! ¡Tienes que esperar un poco que lo sepa!

—Te concedo una hora más para que te enteres. Y no vuelvas a llamarme a la oficina. Habrá moros en la costa. Yo te llamaré desde cualquier sitio en cuanto pueda. ¿Qué hay de John Walker?

—Nada de nada. Uno de mis hombres ha estado consultando el censo de Nueva York. Hay más de cien tipos que se llaman así. Esto va a requerir tiempo.

—De acuerdo, pero dile a tu hombre que no tenga en cuenta la

descripción que os di para identificar al John Walker. El fulano de abrigo y sombrero gris se llama Sandy Stuart. Revuelve la ciudad de arriba abajo, pero quiero noticias de ese Sandy en seguida.

—Eso es imposible, y tú lo sabes.

—No hay nada imposible. Todo es cuestión de dinero, ¿no, Sam...? ¡Y yo lo pago! Pon a diez, doce, hombres a trabajar sobre Stuart. No me importa lo que cueste.

—Está bien, pero no te asustes luego cuando te presente la factura.

En aquel instante, Jimmy oyó una voz conocida en el despacho de Susan y se apresuró a decir a Butler:

—Ha llegado Simmons. Toma nota de esto. Quiero que investigues sobre las siguientes personas. Doctor Stephen Mallory; tiene su clínica cerca del domicilio de las Fortescue. David Plimmer, vecino de la víctima y representante de la casa Johnson, fabricantes de cochecitos de niño. Robert Frazier, propietario de los cines Odeón e Imperial. El Odeón es el cine donde Ginia trabajaba de taquillera. Me has de informar sobre todos ellos esta misma noche.

Susan abrió la puerta del despacho, anunciando:

—Su amigo el teniente Simmons, jefe.

Jimmy, hablando con Sam, concluyó en voz alta:

—Estupendo, Johnny. Coloca otros cincuenta dólares por mi cuenta en ese caballo. Tengo la corazonada de que entrará el primero.

Luego colgó el aparato, en el preciso momento en que el teniente William Simmons se colaba en el despacho.

Simmons frisaba en los cuarenta años de edad y era de estatura regular, cabello crespo, frente abombada y ojos muy separados, de un color castaño. Se embutía en una gabardina tipo comando. Mientras daba vueltas al sombrero que tenía en la mano izquierda, preguntó con sonrisa forzada:

—¿Todavía sigue con su manía de los caballos, Cronin?

—De la misma forma que prosigue usted con la suya de los crucigramas —repuso Jimmy, levantándose—. Pero siéntese, teniente. ¿Puede creerse que hace un momento le estaba diciendo a Susan que le echaba de menos?

Simmons miró de soslayo a la joven secretaria y rezongó:

—Qué casualidad, ¿verdad, monada?

Susan se marchó, cerrando a sus espaldas.

El policía avanzó hacia la mesa tras la que se hallaba Cronin y se dejó caer en un sillón, inquiriendo después:

—¿Cómo van sus cosas, Cronin?

—No me puedo quejar. Siempre surge una dama que está dispuesta a pagar unos dólares por encontrar pruebas para divorciarse de su marido millonario.

Simmons enseñó los colmillos.

—Usted no es de éstos, Jimmy. Quítese la máscara. ¿Qué me dice de Ginia Fortescue?

—Oh, sí. Ginia Fortescue... —Jimmy tabaleó sobre la mesa—. Mala suerte la de esa chica. Debíó de sufrir un fuerte desengaño para atreverse a tomar ese veneno.

—¿Suicidio?

—Está tan claro como el agua, teniente. Usted ya debe saberlo. Hablé con el doctor Mallory. ¿Qué persona que no esté desesperada puede ingerir una dosis de bicloruro de mercurio sino voluntariamente? Por las características de ese veneno, es imposible que se lo haya dado otra persona.

—No está mal su raciocinio. Es también mi tesis. —Simmons hizo una pausa. Si usted opina así, ¿por qué ha ido al cine Odeón?

Jimmy se encogió de hombros, haciendo un ademán de conformidad.

—¿Qué podía hacer, si la madre de la víctima me ha encargado un trabajo?

—De acuerdo con su convicción de suicidio, debió rechazar el encargo.

—¿Es que no lo comprende? Lo que Ruth Fortescue quiere saber es por qué su hija llegó a tan trágica determinación.

Hubo un silencio en la estancia, mientras Simmons escudriñaba el rostro de su interlocutor.

—¿Cuándo ha de renovar su licencia, Cronin?

—La semana próxima.

El policía sonrió:

—En jefatura, el otro día se comentaban algunas cosas de usted.

—Cuánto lo celebro. Me gusta tener amigos en todas partes.

Simmons se levantó, recorriendo despaciosamente la distancia que le separaba de la puerta. Cuando se disponía a abrir volvió la

cabeza hacia Jimmy, murmurando:

—Créame, Cronin. Me disgusta verle creándonos dificultades. Como usted ha dicho, se trata de un caso claro. La chica se suicidó. No hay nada que hacer.

—Es lo que yo digo, teniente.

—Continuarnos siendo amigos. Hasta la vista.

Simmons movió la cabeza en sentido afirmativo y salió del despacho dejando la puerta abierta. Cronin le siguió con la mirada hasta verle desaparecer de la oficina de Susan.

Inmediatamente, la joven compareció frente a su jefe.

—¿Qué tal la paliza?

—No ha habido tal. Y eso me inquieta. Simmons no ha estado nunca tan educado. Ha sido un torneo versallesco de ironía. El sabe perfectamente que no me apartaré del asunto.

—Es posible que él quiera darle oportunidad de que se meta más en la olla para cerrar la tapadera y hervirle en su propia salsa.

—Cada día es usted más estupenda, Susan.

—No pretenderá hacerme el amor, jefe.

—Con usted sería imposible. Una de sus contestaciones dejaría helado al mismo Marión Brando.

Jimmy se dirigió al perchero y colocóse el gabán y el sombrero.

—¿Adónde va? —preguntó Susan—. ¿Va a ser capaz de abandonarme rodeada de lobos? El teniente debe de haber dejado un batallón de sus hombres rodeando nuestra madriguera.

—Cronin se subió el cuello del gabán, púsose unas grandes gafas negras con montura de carey y dijo, disponiéndose a salir:

—Tengo la completa convicción de que usted se basta sola para eludir las dentelladas de esos lobos. A partir de ahora haga su vida ordinaria en la oficina. Cuando la necesite y no esté aquí, la llamaré, a su casa.

—¡Bonito plan! ¿Y mi novio?

—Licéncielo por unos días. Cuando vuelva usted, le tendrá más enamorado. Adiós, Caperucita.

Jimmy cruzó la oficina de Susan, pero antes de que llegara a la puerta, la joven exclamó:

—¿Qué va a hacer, jefe?

—Necesito conocer el resultado de la autopsia de Ginia y después conversaré un rato con un perito en Toxicología.

CAPÍTULO V

Al salir a la calle, Cronin reconoció al hombre que se hallaba detenido junto a un establecimiento de juguetería, apoyado en la pared, con un periódico entre las manos, en cuya lectura parecía ensimismado. Era Peter Rainier, uno de los policías de la Brigada de Homicidios, subordinado del teniente Simmons.

Bainier era de estatura regular y fuerte como un toro.

Jimmy se dirigió a él resueltamente y, cuando llegó a su lado le saludó con voz jovial:

—¿Cómo le va, Peter?

El policía se estremeció sobresaltado apartando la mirada del diario.

—¡Caramba, señor Cronin! Hacía mucho tiempo que no le veía.

—De servicio, ¿eh?

—En absoluto. Precisamente pasaba por aquí y me detuve a leer un artículo que trae el diario —explicó Rainier, ingenuamente.

—Bueno, Peter. Le facilitaré la labor por si acaso me pierde de vista. Me dirijo a una peluquería de la calle Cuarenta y Siete, donde me haré rapar y cortar el pelo. Luego comeré en un restaurante que hay al lado.

Rainier se puso colorado como una zanahoria.

—Después de comer —prosiguió Jimmy— puede que me deje caer por algún cine. Buena suerte, Peter.

Echó a andar y cuando se hallaba a unas quince yardas del lugar donde había dejado a Rainier, descubrió que éste ya se había puesto a seguirle.

Cogió un taxi y se hizo llevar a la peluquería, percatándose durante la carrera de que Rainier viajaba en otro coche detrás.

El barbero invirtió media hora en arreglarle y cuando salió Cronin a la calle, sus ojos se cruzaron con los de Peter, que se hallaba, tieso como un palo, cerca de la puerta.

Jimmy le sonrió y entró en el restaurante.

Comió con apetito y se fumó un cigarro de medio dólar después del postre.

Cuando de nuevo estuvo al aire libre, saludó con la mano a Peter, que continuaba impertérrito la misión que su jefe le había confiado.

Jimmy echó a andar y al cabo de quince minutos se detuvo ante la puerta de un cine en que se proyectaba una película del Oeste.

Había más de treinta personas en la cola que se iniciaba en la taquilla y se colocó al final. Cuando le llegó el turno, compró una entrada de butaca y pasó al interior. Ocupó un sillón al lado del pasillo central y, poco después, vio entrar a Rainier buscándole nerviosamente.

—¡Eh, Peter! —le llamó—. Estoy aquí.

El policía tuvo que ocupar un asiento dos filas delante, porque detrás no había sitio.

Jimmy cruzó las piernas y fijó la mirada en la pantalla sobre la que proyectaban la película que hacía rato había empezado. De vez en cuando notaba cómo Rainier volvía la cabeza para cerciorarse de que él continuaba allí.

En el lienzo, una tribu de comanches atacaba, una caravana de colonos. Era el momento que había esperado Cronin para escapar. Conocía bien a Rainier. Era como un niño grande. Se levantó sin hacer ruido y deslizóse suavemente por el pasillo hacia la salida.

Ya fuera del local, se introdujo en un taxi y dio al conductor la dirección del Bar Texas, en la calle Cuarenta y Dos. Ahora pudo comprobar que Peter había dejado de seguirle.

Al llegar al bar se metió en la cabina telefónica y disco un número.

—Óigame, ¿se encuentra el doctor Kane en casa?

Le respondió afirmativamente la voz de una mujer, rogándole esperase un momento mientras iba a llamar al médico. Poco después una voz varonil preguntaba, al otro extremo del hilo:

—Aquí el doctor Justih Kane. ¿Quién llama?

—Soy James Cronin, doctor.

—¿Cronin? ¡Vaya, hombre! Hace un buen rato que espero su llamada. Me dijeron que trabajaba usted en el caso por cuenta de la señora Fortescue.

—¿Ha hecho usted la autopsia de esa chica, doctor?

—He terminado hace unos instantes.

—¿Qué me dice de ella?

—Hay pocas cosas que contar. El estómago de la muchacha presentaba cinco perforaciones y una fuerte irritación del esófago. El bicloruro de mercurio es como una corriente de lava que arrasa cuánto encuentra a su paso. Tenía también la lengua inflamada, así como la laringe. Naturalmente, padecía una nefritis aguda y una degeneración de los tejidos del hígado y el corazón. Todo es consecuencia de lo mismo. Envenenamiento con bicloruro de mercurio.

—Hábleme de ese veneno, doctor.

Justih Kane carraspeó fuertemente:

—Es usted terrible, MrGnin. Sabe que no puedo hablar de esto con usted. Me lo prohíbe el reglamento. Ya he hecho bastante revelándole el dictamen de la autopsia. De ese veneno le hablará cualquier toxicólogo e incluso usted mismo puede sacar su información en un libro de toxicología.

—Está bien, permítame sólo dos preguntas más relacionadas con la autopsia. Dígame la cantidad de veneno que ingirió Ginia Fortescue y cuánto tiempo transcurrió desde que lo tomó hasta su muerte.

—Mis ayudantes y yo hemos calculado que esa joven debió ingerir de unos sesenta a cien gramos de bicloruro de mercurio. Y respecto a la segunda pregunta hemos llegado a la conclusión de que desde la toma hasta su muerte han podido transcurrir de cuarenta y ocho a setenta y dos horas.

—Gracias, doctor. Le quedo muy reconocido.

Jimmy colgó y salió de la cabina.

Se sentó en un taburete del bar y tomó dos *whiskys* mientras analizaba el problema, para cuya resolución había sido contratado, a la luz de los nuevos datos proporcionados por el doctor Kane. El más significativo para él era que Ginia Fortescue había ingerido el veneno cuarenta y ocho horas, como mínimo, antes de morir. Como muy bien había dicho el doctor forense, los efectos del bicloruro eran devastadores. ¿Cómo pudo, pues, Ginia soportar los fuertes dolores causados por el veneno sin procurarse un antídoto? La única respuesta plausible era la de que Ginia había estado sometida a una

fuerte coacción durante ese plazo de tiempo. Pero aceptando esa hipótesis nacían nuevas preguntas. La más importante de las cuales era, ¿por qué no luchó por su vida cuando se vio libre? Las señales que había en el cuerpo ¿significaban que había peleado antes o después de haber ingerido el bicloruro?

Hubo de reconocer que se encontraba muy lejos de aclarar el caso y que tendría que trabajar mucho para lograrlo.

Oyó vocear en la calle el Star y salió unos instantes para cómpralo. Cuando regresó al taburete, buscó las noticias que le interesaban. Las encontró en la tercera página. El titular, en letras no muy gruesas, decía: «Se aclara el caso de la muchacha envenenada». En síntesis, la información decía que Ginia Fortescue se había ido a Montgomery con Sandy Stuart. El veintiséis la joven pidió a Sandy que se casara con ella, manifestándole él que debían esperar unos meses. La joven fue víctima entonces de un ataque de histerismo y se separó de Sandy, el cual no la volvió a ver porque cuando una hora más tarde fue por ella a su habitación, se encontró con que había desaparecido. La hipótesis de la policía era la de que Ginia, después de salir del hotel, compró un tubo de comprimidos de bicloruro de mercurio e ingirió una cantidad de ellos equivalente a sesenta o cien gramos. Regresó a Nueva York y, finalmente, se refugió en su casa, donde, al poco de llegar, falleció. Sandy Stuart había sido interrogado convenientemente por la policía prestando su colaboración y poniendo de manifiesto el hondo sentimiento de pesar que la fatal decisión de Ginia le haba producido.

Jimmy terminó de leer el periódico. Sus labios se distendieron en una amarga sonrisa. Por fin, el teniente Simmons le había dado el carpetazo al asunto: Suicidio.

Se metió nuevamente en la cabina telefónica y llamó al despacho de su amigo Butler.

—¿Eres tú, Sam? Aquí.

—¿Lo has leído, viejo?

—Sí, ahora mismo.

—Lo siento, muchacho, pero no es culpa tuya que las cosas hayan ocurrido así.

—¡Y un cuerno! Yo no acepto la tesis de la policía.

—¿Cuál es la tuya?

—Todavía no puedo sentar conclusiones, pero proseguiré la

investigación, aun cuando la señora Fortescue anule su solicitud. Falta algo importante en la reseña del Star.

—¿A qué te refieres?

—Si Sandy Stuart fue quien hizo el viaje a Montgomery con Ginia, ¿por qué se escondió bajo el nombre de Norman Darrow?

—Bueno, ya sabes cómo son esas cosas. Nunca está de más ir por el mundo con un poco de prudencia.

—Ginia no era de esa clase de muchachas. Sé lo bastante de ella como para extrañarme de que se metiese en un tren con un tipo como debe de ser Sandy Stuart.

—A propósito de ese fulano, Jimmy. Antes de que saliese el Star, uno de mis hombres había dado con su madriguera. Si quieres echarle una ojeada, le encontrarás en un bar restaurante de la calle Treinta y Cuatro, Este. Acostumbra ir por allí de ocho a nueve de la noche. El establecimiento se llama El Orgullo de Bronx.

—Gracias, muchacho. Le haré una visita. Pero vuelvo a lo de antes. Quiero que te ocupes personalmente de hablar con el mozo que atendió el departamento del tren en que viajaban Ginia y Norman Darrow. Ya me entiendes, necesito una descripción de Darrow para compararla con los datos que tenemos sobre Sandy. ¿Qué hay de John Walker?

—Seguimos lo mismo. Nada.

—¿Dónde estarás a las nueve y media de esta noche?

—En la cafetería de siempre. Para esa hora tendrás un informe detallado del doctor Mallory, Robert Frazier y David Plimmer. Hasta luego.

Poco más tarde, Jimmy penetraba en El Orgullo del Bronx, encontrándose en una sala que tenía a la derecha la barra, a la izquierda una docena de mesas y en la parte frontal un ancho corredor donde se hallaban los reservados. Desde la barra examinó a la clientela que había a la vista, comprobando que Sandy Stuart no se hallaba allí. Tenía bastantes referencias sobre él para no equivocarse.

—¿Qué va a tomar, señor?

La pregunta le había sido hecha por el barman, un exboxeador, de cabeza grande, ojos mogólicos y nariz aplastada.

—Ponga un *whisky*.

Cuando el otro le escanciaba en el vaso, él inquirió:

—¿Está Sandy por ahí?

—¿Qué Sandy?

—¿Quién había de ser? Sandy Stuart.

Sus ojos se encontraron.

—¿Para qué lo quiere?

—No ha pagado la última prima de su póliza, ¿se da cuenta? Yo se la hice y tiene en el aire veinticinco mil dólares.

—Agente de seguros, ¿eh?

—¿Tengo facha de otra cosa? —replicó Jimmy con una sonrisa.

Su interlocutor lo escrutó un minuto más y, finalmente, dijo:

—Lo encontrará en el tercer reservado. Su vaso cuesta medio dólar.

Jimmy bebió de un trago el *whisky* y arrojó una moneda de a dólar al barman, el cual la cazó al vuelo.

El detective cruzó la sala y se internó por el corredor, deteniéndose ante el tercer reservado, cuya sola separación del exterior consistía en una cortina echada. Apartó ésta y asomó la cabeza. Allí estaba Sandy Stuart. Era tal como se lo había imaginado, un guapo mozo que ahora comía tranquilamente un plato de arroz con pollo.

—Hola —murmuró Jimmy, metiéndose en el reservado.

Sandy levantó la mirada y depositóla en quien le saludaba.

—Periodista, ¿eh? Ya dije lo que tenía que decir.

—A mí, no.

—Bueno, ¿y qué? No tengo la culpa de que usted se retrase. Pregúnteles a sus compañeros.

Jimmy se sentó en la silla que había frente a Stuart y luego indicó:

—Me gustan las noticias de primera mano.

Sandy frunció el ceño e invirtió varios segundos en contestar.

—Fue cosa de ella. Se empeñó en que pasásemos las Navidades fuera de Nueva York.

—¿Desde cuándo conocía a Ginia?

—Desde hace unos tres meses.

—¿Dónde se conocieron?

—Estaba aburrido una tarde, y al pasar frente al Odeón sé me ocurrió entrar. Cuando sacaba la entrada vi la cara de la muchacha. Era un sol. Le sonreí y me sonrió. Luego pregunté a qué hora salía

y... ¡ahí tiene lo demás!

Jimmy se miró la correa de plástico del reloj, como si as pronto se diese cuenta de que empezaba a romperse, y preguntó con voz fría:

—¿Por qué viajaba con el nombre de Norman Darrow?

No miraba en aquel momento a Sandy, pero se dio cuenta de que éste daba un respingo.

—¿CÓ... mo dice?

Cronin posó sus ojos en los que tenía enfrente sin repetir la pregunta. Stuart sonrió forzosamente, respondiendo:

—Es usted más listo que sus compañeros, periodista. Ninguno de ellos había caído en ese detalle.

—Quizá porque a ninguno de ellos se le ocurrió comprobar la salida de Ginia de Nueva York.

—Está bien. Le contestaré. Tengo novia y no quería crearme complicaciones. ¿Qué falta hay en que uno trate de disimular sus asuntos íntimos? Creo que es una cosa normal, ¿verdad?

En aquel instante las cortinas se abrieron, entrando en el reservado una mujer.

Era una pelirroja de unos veintitrés o veinticuatro años de edad, esbelta, de rostro bello y cuerpo de formas pronunciadas que hacía resaltar con un suéter color verdoso y una falda sastre gris.

—Buenas noches, Sandy —saludó la joven.

—Tengo visita —repuso Stuart con despreocupación.

—Podías haber avisado. ¿Cuándo estarás libre?

—Espérame en el Bar Tozzi. No tardaré más de quince minutos.

La pelirroja dirigió una mirada a Jimmy y, antes de salir del reservado, advirtió:

—Procura que sean quince minutos o no me encontrarás.

Cuando los dos hombres se quedaren solos, Sandy hizo un gesto de resignación, comentando:

—A veces son intolerables.

—Pero se da maña, para tratarlas, ¿no, Sandy? Enamoró a Ginia, se la llevó a Montgomery y eludió toda responsabilidad.

—¿Qué podía hacer? He dicho que tenía novia. A ella le podía sentar mal.

—¿Es esa que se acaba de marchar?

—No, claro que no. ¿Por quién me ha tomado?

Jimmy se levantó y dio un paso hacia las cortinas para marcharse. De pronto se detuvo y volvió la cabeza hacia Stuart diciendo:

—Una aclaración, Sandy. No soy periodista.

La cara del otro empezó a adquirir la dureza del granito.

—¿Quién es usted? Ahora recuerdo que no me ha dicho su nombre.

—James Cronin, detective privado.

Jimmy no esperó a ver la reacción de su informante, sino que salió fuera, dando media vuelta.

Ya en la calle echó a andar por la izquierda hacia la parada del autobús cuando descubrió un parpadeante letrero en luces de neón. Bar Tozzi. Imprimiendo mayor velocidad a sus piernas se metió en el establecimiento. Inmediatamente descubrió a la pelirroja sentada a una mesa y bebiendo un coca-cola.

Ella le vio acercarse y cuando le tuvo al lado preguntó:

—¿Y Sandy?

Cronin tragó saliva, contestando impertérrito:

—Se ha marchado.

—¿Que se ha marchado? ¡No me puede hacer eso a mí!

—Me encargó le dijese la verá mañana en el mismo sitio.

—¿Quién se ha creído que es, ese tipo...? ¡Me las pagara!

Jimmy sonrió, balbuciendo:

—Bueno... Lo siento. Si usted quiere que yo la lleve a algún sitio...

—¿Usted? Con usted no iría ni a comer un sandwich.

CAPÍTULO VI

Jimmy se alarmó. No era un tipo, desde luego, como Sandy Stuart, pero la última vez que se había visto en el espejo no se había encontrado mal del todo.

Decidió que debía proponer un plan sugestivo para conseguir llevársela cuando antes. Sandy no tardaría en terminar su cena y aparecer por allí.

—Como quiera... —declaró—. De todas formas, probablemente no le interesará a Usted el lugar adonde me dirijo. Una sala clandestina de apuestas.

Dio en la diana. La pelirroja le miró con más respeto.

—Debí suponerme que cuando hablaba con Sandy era porque pertenecía a la misma camada —murmuró ella—. ¿Y qué hay para después?

—Existen muchos sitios bonitos donde acabar la noche. En fin, yo había pensado que usted..., pero se ve que hoy no es mi día de suerte. Celebro haberla conocido.

Jimmy empezó a girar con el completo temor de que la joven no estimase su propuesta. Dio un paso alejándose de la mesa, luego otro, un tercero...

—Espere —oyó que exclamaba la pelirroja.

El corazón le saltó en el pecho y trató de mantenerse sereno cuando volvió la cabeza hacia ella.

—¿Necesita alguna cosa? —preguntó.

—Es respecto a la invitación de antes. ¿La mantiene?

Cronin sonrió, contestando:

—Claro que sí. ¿Qué está esperando para marcharnos?

El detective se acercó a la mesa y dejó unas monedas para pagar la coca-cola.

Inmediatamente abandonaron el local. Se metieron en un taxi y

Jimmy dio al conductor una dirección de la calle Setenta y Siete, Este. Al final de la carrera saltaron a la acera, y Jimmy, después de pagar al taxista, prendió a la joven del brazo y echaron a andar hacia adelante.

—¿Está muy lejos? —preguntó ella.

—A un par de manzanas de aquí. ¿Cómo te llamas...? Bueno, será mejor que nos tuteemos.

—No hay inconveniente. Mi nombre es Peggy Carpenter. ¿Y el tuyo?

—James Cronin. Jimmy para los amigos.

Subieron una escalera con cuatro peldaños de piedra y el detective pulsó tres veces un timbre.

Cuando la puerta se abrió apareció en el hueco un hombre robusto, de rizado pelo negro y cejas muy espesas.

—¿Qué quieren?

—Ver a mi tío Philips —contestó el detective.

El otro asintió con la cabeza y dejóles franco el paso. Se internaron por un corredor a cuyo final había otra puerta. Jimmy dio dos golpes en ella. Se abrió una mirilla apareciendo unos ojos verdosos que escrutaron a Cronin. El examen resultó favorable. Un fuerte murmullo llegó a los oídos de los dos visitantes cuando la puerta giró sobre sus goznes. El cancerbero era un hombre alto, muy delgado, de nariz afilada y cuello de pajarita.

—Hace tiempo que no vienes por aquí, Cronin —comentó.

—Son las cosas —repuso Jimmy, irónicamente—. Nunca me gustó tirar el dinero. Hoy me dieron un soplo bueno.

Pasaron junto al guardián y se adentraron en un salón en el que vociferaban no menos de treinta personas frente a un aparato de televisión. Sobre la pantalla se reflejaba la carrera de caballos que se celebraba en aquellos instantes en el hipódromo de Jamaica, bajo la luz de potentes focos. Jimmy y Peggy se sentaron en sendas sillas y el primero dijo:

—Hemos llegado a tiempo. Se está corriendo ahora la tercera. Todavía quedan dos. Pienso embolsarme una buena cantidad de dinero. Ella preguntó, como toda mujer pregunta cuando el Varón había de ganar dinero fácilmente:

—¿Qué me vas a comprar, Jimmy?

El la miró intensamente a la cara y contestó:

—He visto un juego de pendientes, collar, broche, anillo y pulsera en un establecimiento de la calle Séptima. Cuenta con ellos.

En aquel instante un hombre pequeño, de cara simpática, ojos avispados y corbata de lazo, con el sombrero echado hacia atrás, chasqueó los dedos delante de la pareja y exclamó:

—¡Que me maten! ¡Si es Jimmy Cronin!

—¿Cómo te va, Hoagy?

—Estupendamente, amigo. —Hoagy echó un vistazo a la pelirroja y murmuró—: Siempre en buena compañía, ¿eh, muchacho?

—Quiero apostar en la cuarta y la quinta —anunció Cronin.

—Harás un buen negocio si colocas tu plata a «Resucitado».

—La última vez ya lo hice y me hizo perder.

—Ahora está en forma. Tienes que creerme, Jimmy. Yo he presenciado sus entrenamientos.

—Me merece más confianza «*Dandy*».

—¿«*Dandy*»? Es sólo un penco de tiro.

—Entonces apostaré por él doscientos dólares si se paga bien.

—Nueve a uno. Pero repito que es como tirar el dinero.

—Está hecho, Hoagy. —Jimmy sacó la cartera y alargó los doscientos dólares al cobrador de apuestas, quien se marchó para continuar su trabajo.

—¿Tienes hambre, Peggy? —preguntó Jimmy—. La cuarta no empezará hasta dentro de quince minutos y en la habitación de al lado hay un buen bar.

—Me parece bien, Jimmy —aprobó la pelirroja.

En aquel instante los caballos que corrían en el lienzo de la televisión llegaron al final de la carrera. Los espectadores del salón prorrumpieron en exclamaciones.

Jimmy y Peggy se sentaron en unos taburetes del bar y pidieron perros calientes y cerveza.

Habían algunas mujeres de buen tipo distribuidas por la sala, unas en compañía y otras a la caza de alguien que las invitase.

Peggy terminó de comer y dijo:

—Me gusta esto, Jimmy. ¿Sabes que estás borrando la primera impresión?

Cronin distendió los labios, inquiriendo a su vez:

—¿Cuál fue la primera impresión?

—Creí que eras un pagado de Sandy.

—¿Por qué esa idea?

—Ya sabes, uno de esos fulanos que cotizan por la protección que se les ofrece.

Un relámpago de luz inundó la mente del detective. En aquel instante había quedado determinada la profesión de Sandy Stuart. Era un *raclet*, un hombre que extorsionaba a los propietarios de cualquier negocio brindándoles una supuesta protección a cambio de una cuota mensual.

Sonrió a la pelirroja, murmurando:

—Sandy y yo tenemos un negocio en común.

—Pues es la primera vez que te veo con él.

—Se trata de un asunto que acabamos de iniciar.

Jimmy pidió al barman dos *whiskys* y mientras los servían ofreció un cigarrillo a la joven. Encendieron y, después de beber el primer trago, llegó Hoagy.

—Está hecho, Jimmy, pero me gustaría saber quién es el amigo que te ha metido en la cabeza esa idea sobre «Sandy».

—Espera al final para hacer comentarios. ¿Quieres echar un trago con nosotros o lo prefieres luego?

—Será mejor que lo acepte ahora porque después me temo que no te quedarán ganas para invitar a nada.

Peggy propuso:

—¿Por qué no te cubres un poco apostando a «Resucitado», Jimmy?

—O todo, o nada —contestó el detective.

Hoagy bebió su *whisky* y cuando Cronin pagó la cuenta se fueron a la otra sala. Apenas se sentaron frente al aparato de televisión, se inició la cuarta carrera.

—¿Qué te parece esa salida de «Resucitado»? —exclamó Hoagy—. Es el número cuatro... ¡Le lleva una cabeza al seis, que es «River II»...! ¿Dónde está tu «*Dandy*»...? ¡Míralo! ¡Es el penúltimo! ¡El número siete!

Peggy se aferró nerviosamente al brazo de Jimmy mientras decía compungida:

—No tiene nada que hacer.

El locutor decía:

«¡Marcha en estos momentos a la cabeza “Resucitado” seguido de cerca, a un cuerpo, por “River II”! ¡Un poco más atrás, a dos cuerpos del primero, marchan paralelamente “Campeón”, “Perpetuo” y “Tesoro”! ¡En sexta posición corre “Dandy”! ¡Atención, señores! “River II” está alcanzando a “Resucitado”... ¡Ya están a la misma altura...! ¡Y lo acaba de pasar! ¡Qué magnífica carrera! ¡“Tesoro” se destaca por detrás y avanza vertiginosamente pasando a los que le preceden...! ¡Se encuentra en tercera posición, intenta dar alcance a “Resucitado”! ¡Ahora ocupa un segundo lugar porque “River II” ya le ha sacado limpiamente un cuerpo de ventaja! ¡En estos momentos nos hallamos a la mitad de la carrera! ¡“Dandy” sale de la retaguardia disparado! ¡Qué manera de correr! ¡Es una centella! ¡Deja atrás a “Campeón” y a “Perpetuo”! ¡Corre detrás de “Tesoro” que ha cedido en su marcha! ¡Ya están juntos! ¡“Dandy” lo ha pasado...! ¡Qué lástima de esfuerzo, señores! ¡Sólo queda un tercio de carrera...! ¡Pero sigue apretando...! ¡Parece que le han crecido alas!».

Peggy empezó a gritar, jubilosamente:

—¡Duro con ellos! ¡Corre, muchacho! ¡Animo, «Dandy»! ¡Un poco más!

Hoagy y Jimmy contemplaban la pantalla con el ánimo en suspenso.

El locutor decía:

«¡Hace mucho tiempo que no veía una cosa igual! “Dandy” ha pasado a “Resucitado” y se acerca a “Tesoro”... ¡Ya están juntos de nuevo! ¡Bravo por “Dandy”! ¡Lo deja atrás también! ¡Sólo quedan cien metros para llegar a la meta! ¡“River II” lleva tres cuerpos de ventaja a “Dandy”, pero éste es un

relámpago! ¡Se lanza sobre él! ¡La distancia va disminuyendo! ¡Ahora son dos cuerpos! ¡Quedan sesenta metros! ¡Los otros caballos se han quedado muy atrás! ¡“Dandy” parece impulsado como por un motor a reacción! ¡Medio cuerpo le lleva “River II”! ¡Están llegando a la meta y entran en estos instantes juntos! ¡Qué lástima, señores! ¡“River II” y “Dandy” han entrado al mismo tiempo, pero “River II” ha sido el ganador!».

Hoagy lanzó un bufido, exclamando:

—¡Que me emplumen si no he sufrido más que en toda mi vida! Creí que te embolsabas el dinero, Jimmy.

—No me hable —repuso Peggy—. Si dura un poco más esa carrera, enfermo del corazón.

Cronin se encogió de hombros:

—Bueno, hay que tornar las cosas con filosofía.

En aquel instante, el locutor decía:

«¡Atención, señores, a tensión! Debo confesar que estaba equivocado. Sí, señores; he sufrido un error que me honro en rectificar. La carrera no ha sido ganada por “River II”... El vencedor ha sido... ¡“Dandy”! Han entrado en tromba y por ello ha fallado mi vista confundiendo al que entraba primero. Pero los jueces me comunican que la cosa está clara hasta el punto de que, aun cuando se ha tirado la placa de rigor, no es necesario su observación para aclarar quién ha sido el vencedor. La fotografía, en todo caso, sólo servirá para confirmar que “Dandy” sacó en la línea de llegada un cuarto de cabeza de ventaja a “River II”».

Peggy lanzó: un grito de victoria y, poniéndose de puntillas, se colgó del cuello de Jimmy dándole un beso en la comisura de los labios.

Hoagy se dejó caer en un sillón, dando un resoplido.

—¡Jimmy! —exclamó—. ¡Has ganado mil ochocientos dólares!

Cronin lo palmeó en la espalda.

—Ya te decía que no podía fallar. Llévame el dinero al bar. Esto hay que celebrarlo.

Poco después, ante la barra y mientras bebían alegremente, Jimmy guardaba en la cartera el dinero que el triunfo de «*Dandy*» le había proporcionado. Al poco rato, se excusó dirigiéndose a una cabina telefónica y, tras consultar un libro de notas, marcó el número de la cafetería en que debía encontrarse a aquellas horas su amigo Saín Butler. Efectivamente, pasados dos minutos, el tiempo que invirtió en avisar a Sam el hombre que cogió el auricular al otro extremo del hilo, pudo preguntar a su amigo:

—¿Cómo va eso, muchacho?

—¡Pero, Jimmy! ¡Quedaste en venir aquí!

—Tengo entre manos algo importante que me puede llevar hacia una buena pista. ¿Has hablado con el mozo del tren que atendió a Ginia y su acompañante?

—Sí, lo he hecho y lo siento por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Norman Darrow y Sandy Stuart son una misma persona.

—¡No puede ser!

—¿Por qué no?

—Eso probaría que Sandy ha dicho la verdad y que, efectivamente, Ginia se suicidó.

—Exactamente, muchacho. El caso termina aquí. La policía esta vez no se ha equivocado.

—¿Estás seguro de que el mozo ha identificado, a Sandy?

—He tomado todas las medidas. Uno de mis hombres consiguió una fotografía de Sandy y se la enseñé al mozo. Si yo no hubiese hecho el trabajo personalmente, también tendría mis dudas. Pero debes creerme, Jimmy.

Cronin se pasó la mano por el cabello. Aquella noticia que le daba Sam arruinaba todos sus planes, incluido aquél de llevarse a Peggy a la casa de apuestas para saber cosas de Sandy. Como muy bien decía su amigo, el caso quedaba liquidado, pero todavía quiso agarrarse a un clavo ardiendo.

—¿Cómo se llama el mozo, Sam?

—Es un negro. Tom Durban.

—¿Y si Tom hubiese recibido dinero de Sandy o cualquier otro?

—¡Pero, Jimmy! ¡Tú no puedes pensar eso! En tal caso, debes

empezar por dudar de mí.

—Está bien, Sam —rezongó Jimmy de mala gana.

—Te aconsejo que ceses de derramar dólares.

—De acuerdo, cancela todo lo que se refiere a este asunto.

Envíame la factura.

—De verdad que lo siento, Jimmy.

—Gracias, Hasta mañana.

CAPÍTULO VII

Jimmy regresó junto a Hoagy y Peggy, la cual reía por algo gracioso que debía de haberle contado el corredor de apuestas.

—Bueno, muchacho —dijo Hoagy—. Va a empezar la quinta y todavía no has colocado tu dinero.

—Se acabó la fiesta —respondió Cronin con voz grave—. Nos vamos.

Hoagy puso cara de asombro.

—No lo puedo creer. Ahora estás disparado, muchacho. Estoy seguro de que acertarás también el próximo ganador. ¿Te acuerdas de Banjuard el Largo? Le pasó como a ti. Invirtió su capital en el mayor pencho que ha corrido en Jamaica. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer y ya han pasado dos años. Se pagó veintidós a uno. Toda una fortuna. Luego colocó sus ganancias a un verdadero mulo en la carrera siguiente. ¡Y cobró treinta y cinco a uno! Ahí lo tienes, establecido en Brooklyn, fumándose todos los días un cigarro de a dólar.

Jimmy sonrió mientras dejaba en el mostrador el importe de lo que habían consumido.

—No, Hoagy. Se me dobló la racha —declaró.

—¿Cómo lo sabes, si no pruebas otra vez?

—Lo percibo en el aire. Es un fino instinto que heredé de mis viejos. Toma y diviértete a mi salud.

Hoagy quiso rechazar los veinte dólares que Jimmy le alargaba, pero ante la insistencia de éste no tuvo más remedio que cogerlos.

Pocos minutos después, el detective y la joven abandonaban la casa de apuestas.

Hacía una noche muy fría. De día había lucido el sol, pero la temperatura había bajado enormemente después del ocaso y ahora parecía que iba a nevar. Peggy, embutida en un abrigo de cien dólares se estremeció y, arrebujándose junto a Jimmy, enlazó su

brazo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

De buena gana, Cronin hubiese prescindido de ella. El no estaba para Gestas. Todo había salido mal en aquel condenado caso, pero Peggy no tenía culpa alguna. Había iniciado una estratagema pero ya no tenía objeto proseguir la comedia. Después de todo, le hacía falta olvidar. Quizá no resultase mal la idea de ir con la pelirroja a cualquier lugar donde les ofreciesen diversión a chorro vivo a cambio de unos cuantos dólares.

La miró, de soslayo y preguntóle:

—¿Adonde quieres ir tú, Peggy?

—Pues no sé. Hay muchos sitios buenos. El Salón Dorado, en la calle Noventa; el Ríete Tú, de Greenwich Willage...

Cronin no pudo evitar una sonrisa. Eran los únicos locales que Peggy conocía, aquéllos a que Sandy Stuart y tipos como él acostumbraban a invitar a las jóvenes que encontraban en su camino.

Se detuvo y la obligó a detenerse a ella.

—Tú habrás soñado con ir a un local caro alguna vez, ¿verdad, Peggy?

—Soñar no cuesta nada. Pero ya sabes lo que pasa. Me moriré sin ver esos sueños convertidos en realidad.

—¿Cuál tiene tus preferencias?

—Ninguno en concreto. No he podido hacerlo. Jamás he puesto los pies en uno de ellos.

—¿Qué te parece El Sombrero de la calle Cuarenta y Dos?

—¡No, Jimmy! —balbució la joven—. ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué?

—¡Deben hacer pagar una fortuna!

—Bueno, ¿y qué? Hemos ganado un montón de dólares. Yo te diré lo que vamos a hacer. Nos dejaremos caer por El Sombrero, cogeremos una buena mesa y nos reiremos del mundo.

Peggy estaba asombrada, no queriendo dar crédito a lo que decía, pero no tuvo oportunidad de hacer una nueva réplica porque ya Jimmy hacía señal a un taxi para que se acercase. Cuando el coche partió con ellos dentro, Peggy soltó un lamento:

—¡Oh, Jimmy! Se nos ha olvidado lo más importante. ¿Crees que estarnos presentables para ir a un sitio así?

—No te preocupes, pequeña. Eso tiene fácil solución.

El detective dio a continuación al conductor la dirección de un almacén de alquiler de ropas situado en la Novena Avenida.

Veinte minutos más tarde Jimmy, en traje de etiqueta, fumaba un cigarrillo en un saloncito esperando a Peggy, mientras ella se ocupaba de cambiarse en otra habitación.

Al fin se abrieron unas cortinas y Cronin se levantó de la silla que ocupaba, lanzando un silbido de verdadera admiración.

La mujer que tenía ante sí era una Peggy Carpenter distinta a la que él hasta entonces conocía. La jorren resplandecía, hermosa y grácil, como una estrella del armamento.

—¡Por todos los infiernos! —pudo exclamar al fin—. ¡Eres una criatura maravillosa!

Peggy, coqueta al fin, dio una vuelta sonriendo y luego dijo:

—¿De verdad te gusto?

—Vámonos corriendo —repuso él—. Te contestaré más tarde.

Jimmy tuvo que dar una buena propina en el club El Sombrero para conseguir una mesa cerca de la pista.

La orquesta interpretaba uno de sus clásicos bines.

—Tome nota —dijo Jimmy al camarero—. Queremos unos martinis para empezar. Quince minutos más tarde sírvanos una cena fría. Ya me entiende: un poco de angosta, pollo y cualquier otra cosa que se le ocurra a usted.

El mozo dobló el espinazo, sonriente.

—¿Qué beberán los señores con la cena?

—Una botella de «Lacrime Christin».

El camarero se fue y cuando Cronin fijó su mirada con el rostro de Peggy, observó en él un gesto de asombro.

—Está bien, pequeña. ¿Te parece algo mal?

—¿Que si me parece algo mal...? ¡Por todos...! —Peggy se mordió el labio inferior, conteniéndose.

Jimmy lanzó una carcajada.

La muchacha hizo un gesto compungido.

—Te estás burlando de mí —murmuró.

—Oh, no. Lo que pasa es que te encuentro deliciosa. Tienes que creermelo.

Ella volvió a sonreír.

—¿No te parece que debemos aprovechar bien los dólares que te

van a hacer pagar por esto, Jimmy?

—Creo que tienes razón. Anda, vamos a bailar.

Salieron a la pista, casi llena de gente, y empezaron a bailar siguiendo el ritmo del blue.

Ella acercó su cara al pecho de él y Jimmy sintió sobre sus labios la piel tersa y suave de la hembra.

Terminó aquella pieza y la orquesta inició otra. Al cabo de otros seis minutos, Cronin dijo:

—Continuaremos el baile luego. Tenemos los martinis sobre la mesa, y pronto nos traerán la cena.

Durante la hora siguiente Jimmy no tuvo más remedio que olvidar las malas noticias que había recibido aquella noche respecto al caso de Ginia Fortescue. Descubrió que Peggy era una chica inteligente además de ingenua, dos características extrañamente unidas.

Después de cenar volvieron a la pista y bailaron estrechamente enlazados. De pronto una arruga frunció el entrecejo de Jimmy, recordando algo.

—¿Qué tienes que ver con Sandy, Peggy? —inquirió.

La joven se dejaba arrastrar por la pista con los ojos cerrados y abrió éstos como si despertase bruscamente.

—¿Sandy? —repitió—. No hay nada entre él y yo.

—Eso es difícil que yo lo admita.

Ella se echó hacia atrás, mirándole fijamente a la cara.

—¿Te ha dicho él algo, Jimmy...? ¡Es falso!

—¿Por qué había de serio?

—No nos une más que una simple amistad. Es cierto que hemos salido juntos y que él se ha insinuado conmigo, pero siempre lo he rechazado. Yo le he hecho un favor.

—¿A qué favor te refieres?

—Le llevó unas cajas de medicinas a un tío suyo.

Cronin sintió un escalofrío por la espina dorsal. No vio nada claro en aquello que le contaba Peggy y quiso profundizar en la cuestión:

—¿Qué medicina es ésa?

—Unos inyectables suizos cuya venta está prohibida en nuestro país. El tío de Sandy padece una enfermedad terrible. Sufre mucho. Dos veces por semana iba yo a su casa a llevarle la medicina.

—¿Por qué no iba él en persona?

—El estaba reñido con su tío y yo, al hacerle la entrega de los inyectables, tenía que decirle que era un obsequio de una asociación benéfica.

Cronin apretó con firmeza los labios, mientras sus ojos centelleaban de rabia.

—¿Qué te pasa, Jimmy?

—Que ese sucio canalla te ha estado utilizando como mensajera para llevar drogas a un cliente suyo.

—No es posible...

—Puedes estar segura de ello.

Peggy quedó impresionada por las palabras de Cronin, tanto que, separándose de él, dijo:

—Volvamos a la mesa. Ya no tengo ganas de bailar.

Cuando estuvieron sentados, Jimmy prendió las manos de ella y murmuró:

—Lo siento, pequeña; pero no puedo permitir que lo que ha pasado nos eche a perder la noche.

—He de aclarar con Sandy todo esto mañana mismo.

—No harás tal cosa.

—¿Por qué no? Me subleva que crea soy una tonta.

—Tú ignoras la clase de tipo que es ese Sandy, Peggy. Olvídate de que existe.

—¡Y yo que estuve a punto de dejarle que me besase el día de Navidad...!

El corazón de Jimmy dio un vuelco en su cavidad torácica.

—¿Qué has dicho, Peggy?

Ella enarcó las cejas.

—Sí, es cierto. Estuvimos cenando juntos como tú y yo ahora pero, claro está, no fue en lugar como éste sino en el Salón Dorado de la calle Noventa. Me habló de amor y de muchas cosas más y luego me acompañó a casa... ¡Hasta quiso subir conmigo! Tuve que faenarlo y fue entonces cuando me dijo que se marcharía y me dejaría tranquila si le daba un beso. Casi me convenció el muy tunante. Pero vi algo raro en sus pupilas cuando acercaba su cara a la mía, y le pegué un empujón metiéndome en casa y cerrando con llave.

—¿Estás segura de no equivocarte?

—¿Cómo había de equivocarme siendo una fiesta como la de Navidad? Además, quedamos citados para el día siguiente en el bar Tozzi. A las doce me dúo la medicina para su tío... ¡El muy canalla! Fue la última vez que hice el viaje.

Jimmy se levantó el un salto de la silla.

—Te voy a dejar sola unos minutos, pequeña... Ahora que recuerdo he de llamar por teléfono a un amigo. Vuelvo en seguida.

Antes de que Peggy pudiera objetar algo, Cronin echó a andar por entre las mesas, dirigiéndose a la cabina que había fuera del salón. Poco después marcaba el número de la cafetería en que, horas antes, se hallaba Sam.

—Por favor, es urgente —dijo a la persona que cogió el micro al otro lado—. Necesito hablar con el señor Sam Butler.

Una voz le rogó que esperase. Transcurrieron dos minutos que a Jimmy le parecieron eternos. Por fin oyó:

—¿Qué pasa? ¿Es que se ha declarado un incendio en mi oficina?

—Soy Jimmy, Sam. ¿Estás lo suficientemente sereno para escuchar algo trascendental?

—No me digas que los republicanos han prometido la abolición de todos los impuestos.

—Déjate de tonterías, viejo, y agárrate fuerte. Sandy Stuart no estuvo con Ginia Fortescue en Montgomery. Quiero decir que el Norman Darrew que necesitamos es otra persona.

Hubo un silencio y, de pronto, Sam rezongó:

—¿Todavía estás con eso, muchacho? ¿Cuántas copas de *whisky* has necesitado para llegar a esa conclusión?

Jimmy se mesó los cabellos.

—Escucha, viejo cabezota. Te juro que es una verdad como un templo. En estos momentos me encuentro en el club El Sombrero con una muchacha.

—¿Has heredado al fin a tu tía Eduvigis?

—¡Vete al infierno! Esta chica se llama Peggy Carpenter. Estuvo cenando y bailando con Sandy Stuart la noche del veinticinco de diciembre en el Salón Dorado de la calle Noventa y al día siguiente, por la mañana, se vieron a las doce.

—Jimmy, ¿de veras te encuentras bien?

—No he hablado más en serio en mi vida. ¿Te das cuenta de lo

que esto significa? Compraron al mozo del tren o bien Sandy salió de Nueva York con Ginia, pero fue sustituido por otra persona en una estación intermedia y regresó a nuestra ciudad.

—O bien pudo llevar a Ginia a Montgomery y volver el solo, como dijo, un cuando lo hiciese el veinticuatro o veinticinco.

—¡Estupendo! Así me gusta.

—De todas formas, Jimmy, veo muy feo el asunto. Todo eso quiere decir que tendrás que enfrentarte con alguien mucho más fuerte que Sandy Stuart.

—Me lo figuro, Sam, pero yo también estoy dispuesto a pegar como no lo he hecho antes en mi vida.

—¿Qué se te ocurre?

—Que continúen todos tus chicos trabajando.

—Es una lástima. Di orden de retirada y me he quedado sin los informes que me pediste sobre esos fulanos, pero los tendré mañana en mi oficina.

—Yo me voy a Montgomery inmediatamente. Fletaré un avión si es preciso. Ahora está claro que el asado lo cocinaron allí. Escucha bien esto. Sandy Stuart es un racket y por lo visto, en sus ratos libres se ocupa en contrabandear con drogas. Ha utilizado varias veces a Peggy Carpenter como mediadora. Quiero que investigues ahora en la vida de Sandy y que me lo entregues a pedazos para servírselo yo al fiscal del distrito. Ahonda sin miedo. Pagaré hasta el último dólar aunque tenga que quedarme sin zapatillas. Pero una advertencia, has de dejar en paz a Peggy Carpenter.

—¡No me digas!

—Es la Biblia, Sam. A quien toque un pelo de la muchacha no le dejo un hueso sano. Ella es inocente.

—¿De veras? Estaría bien que te enamoras a estas alturas, chico.

—¡Vete al cuerno! Te llamaré desde Montgomery en cuanto pueda. ¿Recuerdas en qué apartamentos del hotel De Soto se alojaron Ginia y Norman Darrow?

—El treinta y tres y treinta y cuatro.

—Gracias, viejo. Hasta mañana.

Jimmy colgó el aparato y regresó junto a Peggy, la cual se perfilaba en aquel momento los labios.

—No sabes cuánto lo siento, pequeña, pero hemos de

marcharnos.

—¿Irnos ahora?

—Sí..., verás... —Jimmy se maldijo por no haber preparado una respuesta antes de llegar a la mesa—. He de hacer un trabajo mañana muy temprano con la cabeza despejada. Te dejaré en tu casa.

Jimmy desvió sus ojos no resistiendo la mirada que Peggy le dirigía e hizo una señal al camarero que los había servido. Pagó la cuenta, añadiendo una buena propina, y poco después, tras recoger los abrigos, también de alquiler, del guardarropía, salieron a la calle.

Tomaron una vea más un taxi y la joven dijo al conductor:

—Calle Setenta y Dos Oeste, número ciento veintitrés.

Ninguno de los dos pronunció una palabra durante el viaje, al final del cual ambos descendieron del vehículo. Jimmy dijo al taxista que esperase y alcanzó a Peggy que ya había empezado a andar.

Se detuvieron ante una escalera. Ella se volvió hacia él y se miraron en silencio. Cronin carraspeó murmurando, por decir algo:

—¿Es aquí donde vives?

—Sí. Es una pensión. Me hospedo en ella desde que llegué a Nueva York hace un año y medio.

—¿Trabajas en algún sitio?

—En la oficina de patentes de Malí. —Peggy hizo una pausa y luego añadió—: Quiero que me contestes a una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿A qué te dedicas tú?

Cronin quiso ser sincero.

—Soy detective privado —contestó.

Palparon las aletas de la nariz de la joven y su pecho se agitó.

—Te dirigiste a mí en aquel bar con un plan preconcebido. ¿Verdad, Jimmy?

—Hay algo que no sabes, Peggy.

—No quiero que me dores la píldora, Jimmy. Entraste allí para sonsacarme respecto a Sandy Stuart.

—Sí, es cierto. ¡Pero...!

—No necesito saber nada más —le interrumpió la muchacha—. Gracias por tu invitación.

Dio media vuelta y empezó a ascender la escalera.

—¡Espera, Peggy! ¡Tienes que escucharme!

Ella continuó ascendiendo y no volvió la cabeza hasta encontrarse con la puerta abierta. Entonces advirtió:

—Y no tienes que preocuparte respecto a estas ropas. Yo misma las devolveré mañana a primera hora.

—¡Peggy!

Pero ya la joven había desaparecido tras la puerta. El detective permaneció inmóvil unos segundos, soltó una maldición y se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar donde había dejado el taxi.

CAPÍTULO VIII

A las nueve de la mañana siguiente Jimmy descendió de la avioneta que acababa de posarse sobre la pista del campo de aterrizaje de Montgomery.

Despidióse del piloto, al que había pagado antes de salir de Nueva York, y media hora más tarde se inscribía bajo su verdadero nombre en el registro del hotel De Soto. Le dieron el apartamento número 43 y un botones se encargó de transportarle la maleta.

Cuando hubo tomado posesión de aquél y el botones tosía diplomáticamente para recordarle la propina, Jimmy observó su rostro, un rostro pecoso sobre cuya frente se erguía un mechón de cabello rojizo dando a su cabeza el aspecto de un ave tropical.

—Un amigo mío me ha recomendado este hotel —dijo el detective.

—Es corriente, señor. El nuestro tiene fama en todo el país.

—El amigo de que yo hablo estuvo aquí la semana pasada. Quizá lo recuerdes. Se alojaba en esta misma planta. Creo que en el apartamento treinta y tres o treinta y cuatro.

—No sé, señor. Son tantos los clientes que pasan por aquí todos los días...

Jimmy acentuó aún más la sonrisa, sacando un fajo de billetes del bolsillo.

La nuez del botones bailó de arriba abajo, mientras sus ojos contemplaban el dinero fresco.

—Mi amigo se llama Norman Darrow —murmuró Cronin con voz indiferente, separando cinco dólares del fajo.

El empleado tosió de nuevo y, tras emitir algunos sonidos ininteligibles, repuso:

—Creo que ahora lo voy recordando, señor. Un hombre entre los treinta y cinco y cuarenta y cinco años de edad, talla regular, robusto, de cabellos y ojos castaños.

—Es increíble cómo a veces refresca uno la memoria —comentó Jimmy y agregó dos dólares más a los cinco que tenía en la mano izquierda.

—De nariz achatada —se apresuró a decir el otro— y mentón partido. Su apartamento había sido reservado días antes, igual que el otro. El treinta y tres era el de él y el treinta y cuatro el de una joven guapa, morena. Tenía un nombre poco corriente. Se llamaba Ginia.

El botones hizo un alto y Jimmy comprendió que aquel servicio estaba tarifado. En vista de que los siete dólares no daban para más, agregó tres y su informante reanudó inmediatamente su declaración como si fuera una máquina parlante:

—La noche del veinticuatro se marcharon y cenaron fuera del hotel, regresando muy de madrugada. Yo no estaba entonces de servicio, pero me lo contó un compañero. El veinticinco se fue él cerca del mediodía y no regresó hasta la noche, en que volvió a salir con ella. Pero esa noche volvieron antes. Mi amigo oyó fuertes voces en el apartamento de ella. Parecía como si estuvieran peleando. Luego él salió dando un portazo, pagó la cuenta de los dos y desapareció.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Jimmy, llegando hasta los quince dólares.

—La joven estuvo llorando. Mi compañero la oyó claramente. A la hora de haber salido él, se fue ella, pero regresó antes de la una de la madrugada. Tenía el rostro pálido y caminaba un poco inclinada, sujetándose el estómago. Se metió en su apartamento y al poco rato salió a la calle. Parecía seguir enferma. Mi amigo ya no la volvió a ver más, ni yo tampoco.

—Háblame más de él.

—Lo siento, pero nunca lo había visto antes de aparecer por el hotel.

—¿Recibió alguna visita ella, además de la de ese hombre?

—Sí, señor.

—¿Suéltalo de una vez!

Jimmy unió cinco dólares más a la suma que tenía en la mano izquierda, apretando los dientes.

—Fue el mismo día veinticinco por la mañana cuando Darrow salió al mediodía —declaró el botones.

—¿Quién era?

—No era huésped del hotel. Ignoro todo de él, incluso su nombre.

—Descríbemelo, al menos.

—Aparentemente, tenía más edad que Darrow y era desde luego más alto. Moreno, ojos negros... —el botones se rascó con el índice la mejilla mientras fruncía el ceño, pensativamente y, al cabo de un rato, añadió—: No puedo decirle más, señor. En realidad, este segundo tipo no poseía ningún rasgo característico por el que se le pudiera reconocer. Ya me entiende, era un hombre corriente.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Eric Mitchell.

—De acuerdo, Eric. Te voy a contar el final de esa historia. La chica, Ginia, estaba realmente enferma, Pero sufría una enfermedad extraña. Había sido envenenada.

Mitchell abrió unos ojos como huevos.

—¿Envenenada, señor? —repitió con voz apenas audible.

—Así es, Eric. ¿Tienes algo más que añadir a lo que has contado? Como verás, el asunto es bastante serio. Cualquier detalle que hayas podido olvidar puede ser de importancia trascendental.

—Creo que no he olvidado nada. Le he contado todo cuanto sé.

Jimmy dio varios pasos hacia el botones y le tendió el dinero que había ido separando a pequeñas dosis, diciendo:

—Está bien, puedes marcharte.

Mitchell sonrió, moviendo la cabeza de arriba abajo y seguidamente desapareció por la puerta. Jimmy acercóse a ésta y la cerró con llave.

Estaba cansado, enormemente cansado. No había podido pegar un ojo durante el vuelo y ahora estaba pagando los esfuerzos realizados durante los dos últimos días.

Se quitó la chaqueta, que dejó en el respaldo de una silla, la corbata, los zapatos y después se tendió sobre la cama no tardando en quedar dormido.

Sonó con una morena que le pedía un vaso de agua. Con una rubia que no cesaba de mover los labios diciéndole una cosa que él nunca oía. Y con una pelirroja que se movía sobre una pista encerada, al ritmo de un blue, y le tendía los brazos invitándole a bailar con ella, pero él, por más que lo intentaba, no podía

levantarse de la silla.

De pronto, algo chocó contra su cara y creyó que se ahogaba.

Se despertó sobresaltado, incorporándose en la cama, sintiendo que el agua le caía por el rostro, empapándole la camisa. Unas palabras llegaron claras a su cerebro donde repercutieron formando eco:

—Ya ha despertado el pajarito.

Tras parpadear varias veces, las borrosas figuras de la habitación fueren aclarando su contorno. Había dos hombres con él en el dormitorio. Uno era alto, robusto, de cara muy ancha, ojos pequeños y mandíbula cuadrada. El otro, más bajo que su compañero, poseía una piel intensamente morena y unos bigotes de morsa. Su cabello negro, planchado, brillaba como la caperuza de un abejorro.

—¿Qué les pasa a ustedes? —rezongó Jimmy con voz agria—. No me gustan esta clase de bromas.

El más alto sonrió, enseñando unos incisivos de lobo.

—Me llamo Tracy y él es mi amigo Kerrigan. Pasamos por aquí y, al enterarnos de que había llegado usted a Montgomery, le dije a éste que podíamos darle la bienvenida.

Jimmy sopesó rápidamente la situación. Eran dos matones, dos gangsters. Si bien se encontraba en un apuro, la misma existencia de éste le indicaba bien a las claras que estaba pisando el buen camino. Tenía que darles cuerda a sus visitantes y empezó a hacerlo.

Se tendió de nuevo, al tiempo que decía:

—No les conozco a ustedes. ¡Lárguense!

Tracy soltó una risita.

—¿Lo has oído, Kerrigan? El tipo no nos conoce.

—Haremos que nos conozca ahora.

—Eso es. Le enseñaremos nuestra tarjeta de visita.

Sacaron una pistola cada uno. Eran gemelas, de un brillante color negro, y los dos cañones apuntaron al cuerpo de Jimmy. Éste se irguió de nuevo sobre la cama, haciendo un gesto de perplejidad.

—¿Qué les pasa, muchachos? No están tomando parte en ninguna película de James Cagney. ¿Por qué no guardan esos chismes y contamos algunos chistes?

—Esto es mucho más divertido para nosotros —repuso Kerrigan.

Y tras hacer una mueca, añadió—: ¡Póngase de pie de una vez o lo coso contra el colchón!

—Está bien, no se ponga así —convino Jimmy, obedeciendo.

Tracy estaba cerca de Cronin, pero se aproximó más a él, apuntándole siempre con el arma.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, Cronin?

—¿Conocen mi nombre también? No sabía que fuese tan famoso.

—Déjese de pamplinas o se la gana en grande. Conteste a las preguntas que le hagamos y quizá salga con vida de ésta. Le repetiré la primera. ¿Qué busca en Montgomery?

—La hija de una cliente vino aquí la semana pasada y se marchó con una dosis de veneno en el estómago, bebió de asistir a un banquete extraño. Lo cierto es que ella murió al llegar a Nueva York.

—Leemos los periódicos, Cronin.

—¿De veras saben leer?

Kerrigan hizo rechinar los dientes mirando con fijeza al prisionero.

—Diga otra como ésa y le aseguro que tendrá que beber leche hasta que le pongan una dentadura postiza.

—Kerrigan cumple siempre sus amenazas —advirtió Tracy—. Debe tener cuidado, Cronin. Usted no parece mal chico. ¿Para qué buscarse complicaciones? Como le iba diciendo, conocemos el caso de Ginia Fortescue. Al parecer vino a Montgomery con un tipo llamado Sandy. Se divertieron un par de días y luego él la abandonó. La chica cogió una perra tan fuerte que se creyó que la única salida que tenía era el suicidio. Se envenenó ella misma. La policía de Nueva York lo vio claro. Es asunto concluido, Cronin.

—¿De veras? —Jimmy hizo un silencio contemplando de hito en hito a los verdugos que tenía ante sí—. Yo también daré por concluido el caso si me dicen ustedes por cuenta, de quién trabajan.

Durante un minuto sólo se oyó en la estancia el ruido de los vehículos que transitaban por la calle.

De pronto, Tracy soltó una estruendosa carcajada.

—¿Habla en serio, Cronin?

Jimmy sonrió también.

—¿Ustedes, qué creen?

Kerrigan sacó un pedazo de tabaco del bolsillo con la mano libre y pegó un bocado. Mientras mascaba, dijo:

—Ya te advertí que algunos de estos detectives son duros. Cronin es de esa clase. Estamos perdiendo el tiempo.

Tracy dejó de reír y repuso, tuteando al detective:

—Vamos a hacer una cosa mejor, Cronin. Te vamos a acompañar al lugar en que se encuentra el hombre que nos paga. Ya verás cómo te convences para siempre de que lo de esa Ginia fue una cosa natural.

—Eso es lo que se llama hablar bien —aprobó Cronin—. ¿Me termino de vestir?

Tracy dio su consentimiento y Jimmy se puso los zapatos, la corbata, la chaqueta y después se dirigió al perchero y embutióse en el gabán.

Kerrigan caminó hacia él previniendo:

—Una advertencia, polizonte. Guardaremos el «quitapenas», pero lo tendremos siempre a mano, por si se te ocurre hacer alguna tontería.

—No os preocupéis. Me interesa mucha hacer esta visita.

Abandonaron el apartamento y bajaron en el ascensor, ganando la calle.

—Sigue hacia la izquierda —indicó Tracy—. Tenemos el coche un poco más arriba.

El vehículo era un sedán negro, modelo «Ford» 1S73.

Kerrigan se puso al volante y Tracy y Jimmy se colocaron detrás. Inmediatamente arrancaron. Al cabo de diez minutos, Cronin se dio cuenta de que habían salido de la ciudad y corrían ahora por una carretera a cuyos lados se veían campos cultivados.

—¿Es muy lejos? —preguntó.

Pero ninguno de los cuervos le contestó.

Se desgranaron oídos quince minutos en silencio. Habían dejado la carretera principal y seguían por una vecinal, aun cuando ésta se hallaba convenientemente asfaltada. Empezaron a aparecer árboles y muy pronto se encontraron atravesando un bosque de coníferas.

—¿Me dais un cigarrillo? —pidió Jimmy—. Acabé mi ración.

Tracy sacó un paquete y ofreció al detective el cigarrillo que solicitaba. Luego le acercó la llama del encendedor.

Jimmy se arrellanó en el asiento, fumando tranquilamente.

Por fin cuando había transcurrido cerca de una hora desde que salieron de Montgomery, el coche se detuvo.

—Éste es el sitio —anunció Kerrigan, saltando fuera.

Jimmy lo hizo a continuación y después Tracy.

Se hallaban en un calvero del bosque, a uno de cuyos lados se levantaba una cabaña hecha de troncos de abeto.

—Echa a andar hacia la casa —ordenó Kerrigan—. El que buscas está allí dentro.

Cronin se puso en movimiento, seguido por los dos matones.

—Abre la puerta —dijo Tracy—. No está echada la llave.

El detective obedeció una vez más y abrió, colándose en el interior.

La habitación contenía una mesa, tres sillas, un hogar con varios leños que no estaban encendidos..., pero allí no se veía ningún ser humano.

Jimmy empezó a darse cuenta de que había caído en una trampa. Se volvió rápidamente, pero ya no hizo más porque los dos cuervos exhibían de nuevo sus pistolas, mientras contraían los labios en una mueca de crueldad.

—¿Qué significa esto? —les preguntó Cronin.

—Significa que ha llegado tu última hora, muchacho —murmuró Kerrigan.

CAPÍTULO IX

Jimmy se quedó inmóvil como una estatua durante un rato y cuando recobró el habla, inquirió:

—¿Qué vais a ganar con matarme, compañeros?

—Nos limitamos a cumplir órdenes —repuso Tracy—. ¿Por qué tienes que guardarnos rencor, muchacho? La vida es así. No debías haber venido nunca a Montgomery.

—Bueno, eso se arregla fácilmente —sugirió el detective—. Ahora me acompañáis al aeropuerto, yo me largo y no pasa nada.

—Demasiado tarde —contestó Kerrigan—. Ya no hay salvación para ti.

—Era una manera de resolver el problema para todos.

—Nosotros no tenemos problema —dijo Tracy—. Sólo tú lo tienes y te vamos a ayudar a encontrar la solución. Si te estás quieto, acertaremos a la primera. Un simple agujero te dejará listo.

—Lo bueno de la cuestión es que no quiero que me estropeéis el traje, compañeros. Es el único que tengo. Y en cuanto a lo del problema, el vuestro es bastante más complejo que el mío. Si me ultimáis ahora, cavaréis vuestra fosa y la del que os manda.

—Déjale que lo cuente, Tracy —indicó Kerrigan—. Me divierten las historias de los agonizantes.

—Adelante, Cronin —convino Tracy.

—Es un cuento corto —anunció Jimmy—. Hay un hombre en Nueva York que sabe que estoy aquí y a qué he venido. Se llama Sam Butler. Es un colega mío, detective particular. Le encargo frecuentes trabajos de colaboración. Está al corriente de que Sandy Stuart no es el hombre que se alojó en el apartamento treinta y tres del hotel De Soto.

—No podrá probarlo —rugió Kerrigan.

—Eso es lo que vosotros creéis, pero hay una cosa cierta. Quedé en telefonearle esta mañana a Nueva York desde Montgomery.

Supongamos que me matéis y escondéis mi cadáver. Cuando transcurran las horas, o un día, o dos sin que mi colega reciba noticias mías, se dará cuenta de lo que me ha ocurrido. Le bastará para confirmarlo una simple comprobación en el hotel De Soto. Nos han visto salir varios empleados.

Jimmy observaba los rostros de sus interlocutores y se dio cuenta de que cambiaban de color.

Kerrigan apretó con firmeza la culata de su pistola.

—Esa historia no te ha servido para nada, polizonte. ¡Ahí tienes lo tuyo!

Jimmy se encomendó al cielo pensando que había llegado su último momento, pero de pronto, Tracy exclamó:

—¡Espera, Kerrigan!

—¿A qué tengo que esperar?

—No podemos obrar por cuenta propia en este asunto. Tú lo sabes.

—Yo sólo sé que nos encargaron una misión y que ésta acaba liquidando al tipo.

—¿Y si fuese verdad lo que dice?

—Esos detectives tienen siempre recursos para salir de los apuros. Apuesto a que nos está engañando.

—Creo que ahora dice la verdad.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Que lo invitemos a cenar?

—Será mejor que yo vaya a comunicar al jefe lo que pasa. Que decida él. Recuerdo lo que le ocurrió a Colleano por querer solucionar personalmente un negocio. Se ganó una lápida y un plantel de margaritas. No quiero que me ocurra a mí lo mismo.

Kerrigan miró a Tracy fijamente durante unos segundos y, por fin, asintió de mala gana:

—Está bien. Márchate, pero no tardes en volver.

Tracy sonrió a Cronin, advirtiéndole:

—No te creas un tipo listo. Sólo has conseguido suspender la ejecución. Estoy seguro de que el jefe confirmará la sentencia respecto a ti y se las arreglará para hacer callar a tu amigo Butler.

Tracy salió, cerrando a sus espaldas.

Cuando los otros dos hombres quedaron solos, el gángster dijo:

—Date la vuelta, Cronin. Y levanta los brazos. Voy a quitarte ese juguete que llevas en el bolsillo interior de la chaqueta. No lo

hicimos en el apartamento para darte oportunidad de que la sacases en el vestíbulo del hotel o en la calle.

—No soy tan tonto —contestó Jimmy—. Me figuré vuestro plan. ¡De nada me hubiese valido y el asesinato!, se habría convertido en un caso de legítima defensa.

De pronto, el detective sintió que algo duro, la culata de la pistola esgrimida por Kerrigan, chocaba contra su cabeza y se derrumbó, perdiendo el conocimiento.

No supo cuánto tiempo transcurrió, pero cuándo volvió en sí todavía estaba tendido en el suelo y notó que su arma había desaparecido de la chaqueta.

Incorporóse vacilante y vio a Kerrigan en mangas de camisa, sentado en una silla, con las dos pistolas sobre la mesa, al alcance de su mano.

—Anda, Cronin, siéntate y empieza a contar borreguitos.

—Va me has hecho dormir bastante. Se me ha quitado el sueño.

Jimmy se sentó en la silla que el otro le señalaba cerca del hogar. Tras un rato de silencio, el detective dijo:

—Puedes informarme respecto a ciertos pormenores de la muerte de Ginia. Al fin y al cabo, voy a morir.

—No, Cronin. Te voy a dejar morir sin que sepa: nada de lo que pretendes averiguar.

—Está bien. Como quieras. ¿Ha vuelto Tracy a Montgomery?

—Será mejor que cierres el pico o te lo cerraré yo de otro culatazo.

—Eres muy servicial. A partir de ahora me callaré como un mudo. Pero ya sabes, no tengo tabaco. ¿Quieres darme un cigarrillo?

—Claro que sí, ¿por qué no?

El gángster sacó un paquete de cigarrillos, cogió uno y se lo tiró al aire a Jimmy. Éste se levantó para cogerlo en el aire, pero lo que hizo, en lugar de eso, fue arrojarlo sobre el filo de la mesa volcándola en su caída.

Kerrigan lanzó una maldición al ver que las pistolas estaban lejos de su alcance y se tiró en busca de la suya, pero Cronin no le dio oportunidad de cogerla porque cayó sobre él como una centella. Los dos cuerpos, estrechamente enlazados, rodaron una y otra vez por el piso hasta que el detective logró conectar un puñetazo en la

mandíbula de su rival. Ambos se incorporaron mirándose como dos fieras que iban a entablar una lucha a muerte.

Kerrigan dio dos pasos hacia el lugar en que se hallaba su pistola, pero Jimmy anduvo ligero en cerrarle el paso.

—No, Kerrigan. Ésa no es forma de arreglar nuestras discrepancias. ¿Por qué no nos calentamos un poco a base de leña?

El matón sonrió aviesamente, replicando:

—Te crees un campeón, ¿eh? Bien, yo te arreglaré la fachada.

—Anda, te estoy esperando. Me gustará ver cómo lo consigues.

Los dos antagonistas levantaron los puños y empezaron a acometerse. El primer golpeó corrió a cargo de Kerrigan, pero se perdió en el vacío y recibió como respuesta un izquierdazo en el pómulo que le obligó a retroceder contra la pared de troncos. Se rehízo en seguida y volvió a atacar, encorajinado. Hizo una finta con la derecha y logró engañar a Cronin, descargándole en el plexo solar la diestra. El detective salió lanzado hacia atrás, desplomándose sobre una silla que crujió siniestramente antes de deshacerse en pedazos.

Kerrigan soltó una carcajada, diciendo:

—Me está gustando esto. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

Jimmy se incorporó con los huesos un poco molidos.

—No ha estado mal del todo, compañero —comentó.

—Eres sólo un novato, Cronin. Se ve que en toda tu vida no has hecho más que pelear con parvulitos. Ahora te enfrentarás con un hombre.

Jimmy se acercó poco a poco a su rival, descuidando deliberadamente la guardia. Kerrigan vio la oportunidad clara de abatirlo de un golpe y disparó su puño aunando en él todas sus energías.

Cronin se agachó rápidamente dejando pasar el brazo del otro por encima de su hombro y a renglón seguido ametralló con ambas manos el estómago e hígado del gángster, quien se arrugó, boqueando. Fue el momento para que Jimmy lanzase un terrible uppercut.

La mandíbula de Kerrigan sonó a cascajo y todo su cuerpo se estremeció antes de derrumbarse en el suelo.

La cabaña retumbó, dando la impresión de que se iba a venir

abajo, pero no ocurrió nada. El matón quedó tendido con brazos y piernas en cruz, irremisiblemente fuera de combate.

CAPÍTULO X

Jimmy hinchó los pulmones, llenándoselos de aire vivificador, mientras sonreía mirando a su derrotado enemigo. Luego acercóse adonde habían caído las armas y las cogió, guardando en el bolsillo la que pertenecía a Kerrigan. Tomó también del suelo el paquete de cigarrillos y las cerillas, y encendió uno de aquéllos sentándose en una silla.

Al cabo de un rato el desvanecido empezó a volver en sí emitiendo una serie de gruñidos. Cuando por fin se incorporó fijó los ojos en su vencedor, rezongando:

—No está bien lo que has hecho, Cronin. Esto te costará caro.

—Pagaré el precio que sea, teniendo en cuenta que acabo de salvar mi vida.

—No sueñes con eso. Si tenías alguna probabilidad de escapar, ahora la has arruinado.

Jimmy se enderezó, acercándose a su cautivo.

—Te hice antes una pregunta, Kerrigan.

—Se me ha olvidado.

—Era respecto al hombre a quien obedecéis.

El cuervo soltó un escupitajo que cayó junto a los pies de Cronin.

—Me desagradan los malos modales —dijo el detective—. Necesitas que te enseñen un poco de educación.

Kerrigan sonrió forzosamente, enseñando su blanca dentadura.

Jimmy dio un salto y descargó un culatazo junto a la oreja del bandido, el cual lanzó un aullido de dolor trastabillando como si fuera a caer otra vez.

—Ésta es la primera lección de mi cursillo titulado: «Cómo comportarse en sociedad» —anunció Timmy.

El gángster lo miró con Ojos chispeantes de odio.

—No puedo decirte lo que quieres, Cronin.

—¿De veras? Lo repetiré. ¿Quién es el hombre que te paca?

—No lo sé.

—¡Magnífico! Pasaremos a la segunda lección.

Cronin avanzó sobre Kerrigan y éste, el hombre duro y fuerte, se desmoronó como un niño de ocho años.

—¡No me pegues, Cronin! —gritó con voz suplicante—. ¡Te juro que es cierto! Es Tracy quién está al corriente de todo ello. Yo me limito siempre a acompañarle. Debes creerme. ¿Por qué te iba a mentir, estando en tus manos?

Jimmy se mantuvo unos instantes en actitud pensativa y finalmente dijo:

—Está bien, pero será peor para ti si me has engañado. Esmeraré a oír lo que nos cuenta tu buen amigo Tracy. Colócate junto a la pared y apoya las yemas de los dedos en ella. Si bajas los brazos te haré un relleno de plomo.

Kerrigan obedeció inmediatamente la orden.

Habían transcurrido cerca de cuarenta y cinco minutos desde que Tracy se marchó de la cabaña y aún pasaron diez más antes de que se oyese el ruido de unos frenos.

—Ahí está —indicó Jimmy—. No abras la boca hasta que yo te diga, Kerrigan. De lo contrario, la primera bala será para ti.

—Quiero vivir todavía unos cuantos años más —contestó el aludido.

Se oyeron unos pasos que se acercaban a la puerta y poco después ésta se abrió, penetrando en la habitación Tracy. Cerró tras de sí y ya no dio un paso más, pues quedó como petrificado con los ojos fijos en la figura de Cronin que le apuntaba con la pistola.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el recién llegado.

—Ha habido un pequeño cambio en la dirección —contestó el detective—. Esta de ahora me gusta más.

—¿Qué va a hacer, Cronin?

—He conversado un rato con Kerrigan. Ha descargado toda su responsabilidad en ti. Dice que tú eres quien conoce la identidad de vuestro jefe.

—¿Eso ha dicho el muy perro?

—Y lo más gracioso es que yo lo he creído. De moda que será mejor que abras la ventanilla de información, Tracy. ¿Cómo se llama el hombre que protegéis?

—Norman Darrow.

—Ése ya lo sé. Quiero el otro.

—Ya no conocemos a ninguno más.

Cronin levantó unas pulgadas la pistola, insinuando:

—¿Tendré que echar mano de argumentos convincentes?

—No te estoy mintiendo —exclamó Tracy—. Nuestra jefe se llama Norman Darrow. ¿Qué culpa tengo yo de no conocer otra identidad suya, si es que la tiene?

—Vienes de hablar con él ahora, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dónde le puedo encontrar?

—Se aloja en un hotelito de la calle Washington. Es el número catorce.

—¿Dónde está eso?

—En las afueras de Montgomery, al este. Es un grupo de viviendas de una sola planta que se construyeron hace cosa de un año. Pero no lo encontrarás allí. No regresará hasta la noche.

—¿A qué sitio se ha largado?

—No me lo dijo. Pero me anunció que estaría en su casa toda la mañana, hasta tener noticias respecto a ti.

—¿Cómo supisteis que yo había venido de Nueva York?

—Le dieron el soplo desde allí. Es lo que me dijo Darrow. Le anunciaron que venías en una avioneta y nos ordenó que te esperásemos en el aeropuerto. Te seguimos hasta el hotel en el sedán. Cuando te hospedaste, llamé por teléfono a Darrow y fue entonces cuando dio la orden de que te liquidásemos.

—¿Qué ha dicho respecto a mi muerte?

—Me insultó por haberla demorado.

—Pasemos eso por alto. ¿Qué me dices de lo de la chica?

—¿De lo de Ginia Fortescue? Eso es algo que se coció Darrow solo. Permanecimos casi al margen de todo ese jaleo. Yo me limité únicamente a reservar por teléfono en el De Soto dos apartamentos vecinos para el día veinticuatro.

—Cuéntame lo que pasó el veinticinco, cuando la chica fue envenenada.

—No sé una palabra de ello, ni Kerrigan tampoco. Te repito que no nos mezclamos en el asunto.

—¡Qué par de angelitos! Lo admitiré como bueno. Pienso que

me lo diga el propio Darrow en persona. Pero sí quiero que me informéis sobre las andanzas de vuestro jefe. ¿Cuál es lo suyo, en realidad?

—No sé lo que quieres decir.

—Seré más claro. ¿A qué negocio os dedicáis?

Tracy se humedeció los labios con la lengua, dirigiendo una mirada de soslayo a su compinche.

—¡Vamos! —le conminó Jimmy—. ¡He tenido demasiadas consideraciones! ¡Si descubro un titubeo más en cualquiera de vosotros, os levanto la tapadera! Y palabra que no me remorderá la conciencia.

—Protegemos a los comerciantes e industriales de Montgomery.

Cronin soltó una risita, inquiriendo:

—¿Contra quién los protegéis?

Tracy frunció el ceño, repitiendo:

—¿Contra quién? Pues..., no lo sé.

—¿Crees que he caído ahora de una nube? Sois vosotros mismos quienes saboteáis los negocios de los que se niegan a cotizaros la plata. Conozco ese método. Es una lacra que, por desgracia, existe todavía en nuestro país. Gángsters disfrazados con piel de oveja mientras se llenan el bolsillo de dinero. Gentuza indeseable, verdaderos parásitos que viven a costa del esfuerzo de los demás. Pero Montgomery es, en realidad, una ciudad pequeña. No creo que el gang que explota su comercio e industria haya montado su tinglado única y exclusivamente con carácter local. Apuesto a que es sólo un tentáculo del enorme pulpo cuya cabeza debe de estar en Nueva York. Corregidme si me equivoco, muchachos.

El silencio que siguió a las últimas palabras de Jimmy dio a entender a éste que se encontraba en posesión de la verdad.

—Bien, compañeros. Gracias por vuestra colaboración. Una última pregunta, Tracy. ¿A qué hora estará Darrow esta noche en su hotelito?

—Entre ocho y nueve.

—Estupendo. —Jimmy hizo una pausa echando un vistazo a las paredes de la estancia y al descubrir un rollo de cuerda colgado de un clavo, dijo a Kerrigan—: Anda, muchacho, coge aquella cuerda y ata a tu compañero, sentándolo a una silla. Has de hacerlo bien, como si se tratase de mí.

Kerrigan cumplió la orden y minutos más tarde Tracy quedaba maniatado. A continuación, Cronin hizo lo propio con el primero.

—¿No avisará a nadie para que vengan a socorrernos? —preguntó Kerrigan, alarmado, cuando vio que Jimmy se dirigía a la salida.

—Aunque estéis un día así no os va a pasar nada. Sois unos chicos resistentes. ¿Preferís eso o una píldora de este chisme? —Cronin levantó la pistola significativa, mente.

—Puedes marcharte —respondió Tracy, convencido de que más les valía continuar vivos.

—Os tomo el coche prestado. Procuraré devolvéroslo sin una sola abolladura. ¡Hasta la vista, compañeros!

Jimmy cerró desde fuera y, poco después, se sentaba ante el volante del sedán e iniciaba el viaje de regreso a Montgomery.

CAPÍTULO XI

Cuando Jimmy llegó a Montgomery, detuvo el automóvil ante un bar en el que entró. Pidió un *whisky* en la barra y mientras le servían se metió en la cabina telefónica, solicitando una conferencia con Nueva York.

Cuando se la dieron, encontróse con la sorpresa de que Sam Butler no estaba en la oficina ni había dejado recado alguno para él. Colgó el aparato dándose a todos los diablos, no cesando en sus maldiciones hasta haber bebido el primer trago de *whisky*. Preguntóse qué debía hacer ahora. Creía en las palabras de Tracy respecto a que Norman Darrow no acudiría a su hotelito de la calle Washington hasta la noche. Veíase obligado, pues, a permanecer ocioso durante el resto del día. Se acarició la barba y notó que le había crecido. Bien, se afeitaría, iría a comer y esperaría lo que viniese.

La primera parte de su plan quedó realizada en el espacio de una hora. En cuanto a la segunda, eligió un céntrico restaurante, encontrando su cocina más que satisfactoria.

Cuando encendía el cigarrillo después del postre, vino a su memoria un pensamiento. Sam Butler muy bien podía haber llamado a su apartamento del hotel para darle noticias. ¿Cómo diablos no se le había ocurrido antes?

En un principio había rechazado la idea de volver al De Soto, ya que Darrow conocía su presencia y no quería correr peligros inútiles, pero ahora la sola posibilidad de poder oír una voz amiga desbancó todos esos prejuicios.

Así, a las cuatro de la tarde, penetró en su apartamento y desde allí se puso en contacto con la dirección, preguntando si habían intentado conferenciar con él desde Nueva York. La respuesta fue desconsoladora. No, nadie había solicitado conferencia alguna con el señor Cronin. Bostezó aburrido, y se dejó caer en un sillón. ¡Por

todos los infiernos! Ni siquiera había comprado una revista para entretenerse. Se dijo que para algo tenía el cerebro y decidió pensar en algo que valiese la pena. Naturalmente, no podía ser otra cosa que una mujer. Susan Blake, su secretaria, estaría desesperada al no tener noticias suyas. ¿Y Peggy Carpenter? Posiblemente, ya se habría olvidado de su nombre. Ella se quedó convencida de que hizo una comedia para sonsacarle noticias respecto a Sandy Stuart. Era lógico que Peggy no quisiese saber más de él.

De pronto, un ruido de pasos en el corredor interrumpió sus pensamientos. Se incorporó del sillón lentamente. Los pasos se habían detenido ante su puerta. Se deslizó suavemente hacia la entrada, colocóse junto a la pared y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacando la pistola que le había quitado a Kerrigan. Su culata resultaba más contundente que la suya propia, como había tenido oportunidad de comprobar.

Ya estaban allí otra vez. Pero ahora no le cogerían desprevenido.

El pomo de la puerta giró, produciendo un chasquido.

Jimmy contuvo el resuello, preparándose para atacar por sorpresa. El que estaba al otro lado no debía tenerlas todas consigo. Estaba extremando sus precauciones.

La puerta empezó a abrirse más y más. Un pie traspuso el umbral, luego el otro. Ya estaba dentro. Jimmy levantó el brazo armado y, empujando la puerta para cerrarla, saltó sobre el intruso al tiempo que le descargaba un culatazo en la cabeza.

El agredido lanzó un estertor y se abatió sobre el suelo como si fuera de plomo. Jimmy empezó a sonreír de satisfacción, pero de repente se quedó estupefacto. Tenía motivos para ello. ¡El hombre que estaba tendido a sus pies, exánime, era su íntimo colaborador Sam Butler!

—¡Por todos los infiernos, Sam!

Se agachó, le cogió la cabeza, y empezó a palmearle las mejillas.

Butler, que frisaba en los cincuenta años de edad y era de estatura mediana, delgado, con cara de gorrión, empezó a dar muestras de lucidez.

Cuando sus ojos contemplaron el rostro de Cronin saltó, fuera de sí, poniéndose en pie.

—¿Quién me ha pegado? —inquirió, mirando aviesamente a su amigo.

—Bueno, no te pongas así. Yo no podía esperar que fueses tú.

—¡Vete al cuerno! No hay un solo caso de los que trabajamos juntos en que no me rompas la crisma.

—Lo siento, Sam.

Butler se tocó la cabeza, rezongando:

—Más lo siento yo.

—Debe de ser muy importante lo que te ha traído aquí. Hace un par de horas llamé a tu oficina y no estabas.

Butler recobró su aplomo y dio unos pasos por la estancia, frotándose las manos. De súbito se detuvo y volvióse hacia su amigo, murmurando con cierta petulancia:

—He de confesar que las noticias que te traigo son grandes. Tú juzgarás. ¿A que no sabes quién estuvo en Montgomery el veinticinco de diciembre?

—Robert Frazier.

Los ojos de Sam se dilataron.

—Repítelo, Jimmy.

—Te lo diré de otra forma. El dueño del cine Odeón.

Butler puso una cara compungida y se dejó caer en un sillón, gimiendo:

—¿Y para esto he venido yo de Nueva York...? ¡Para que me atizases en la cabeza! Esto me pasa por aceptar tus encargos.

Jimmy confortó a su amigo:

—No debes quejarte, Sam. Has sido un estupendo colaborador en este caso.

Butler frunció el ceño, devolviendo a su voz el tono natural:

—¿Quieres decir, por casualidad, que ya lo tienes resuelto?

—Casi.

—¿Qué estás esperando para contarlo?

Jimmy sacó el paquete de cigarrillos que había pertenecido a Kerrigan y ofreció a su amigo, pero éste rechazó la invitación, y él encendió uno. Después de arrojar una bocanada de humo, declaró:

—Ya me conoces, Sam. Le temo al fracaso más que a nada. Lo que yo tengo es una hipótesis y se basa sólo en indicios. Ahora me encuentro a la caza de pruebas. Poseo algunas, pero me faltan otras. Cuando las haya reunido todas, estaré en situación de hacerte el relato que me pides.

—A veces me pregunto por qué no te dejo en la estacada cuando

te encuentras en un apuro.

—Tú no eres de éstos —sonrió Cronin—. Ésa es la razón de que yo también deposite ciegamente mi confianza en ti.

—Si es así, ¿por qué te separaste de mí y te estableciste por tu cuenta?

—Soy individualista, Sam. Tú lo sabes. No quiero hacer sufrir a la persona que se asocie conmigo.

De repente, Butler miró a la puerta y preguntó:

—¿Has oído, Jimmy?

—¿Qué es?

—Creo que hay alguien en el corredor.

—No me extrañaría. Ya han intentado matarme una vez. Por ello te confundí con uno de esos tipos.

—Pues yo no estoy dispuesto a que me entierren en Montgomery —dijo Sam. Y corrió a situarse precisamente en el mismo lugar desde el que Jimmy le había atacado minutos antes.

El pomo volvió a girar. Se produjo el mismo chasquido. La puerta empezó a abrirse. Jimmy se retiró del centro de la estancia, poniéndose en un rincón.

Un pie se introdujo en el apartamento al que siguió otro. Repitióse la escena anterior. Butler saltó impulsando la puerta para cerrarla y descargó un terrible culatazo en la cabeza del que entraba, el cual se desplomó emitiendo un gruñido.

Jimmy corrió al lado de su amigo y entonces fueron dos los asombrados. El y Sam.

El hombre que se encontraba, sin conocimiento en el suelo era el teniente Simmons, de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

—¡La has hecho buena, Sam! —exclamó Cronin.

—¡Por todos los infiernos! ¿Cómo se le ha ocurrido a Simmons venir aquí?

—Tendrá sus razones.

Jimmy se acercó a la mesa, donde había un jarrón con flores. Quitó éstas, cogió el jarrón y regresó donde estaba Sam, dejando caer un chorro de agua sobre la cara de Simmons, quien volvió en sí resoplando como un condenado.

El teniente quedó sentado en el suelo mirando alternativamente y con rapidez meteórica a uno y otro detective privado.

—¡Esto lo pagarán con su pellejo! —exclamó iracundo, mientras

se ponía en pie.

—Eso le ocurre por intentar entrar en el apartamento de un ciudadano pisoteando sus derechos democráticos —repuso Jimmy, poniendo cierto énfasis en su voz.

—¡Ha sido un complot! —gritó Simmons—. ¡Han querido quitarme de en medio!

—¿Sí? ¿Y cómo sabía yo que era usted? ¿Acaso es éste su distrito, teniente?

—Soy el comisionado oficialmente para esclarecer el caso de Ginia Fortescue.

—Usted delira, teniente. ¡Era el comisionado! Aquel caso se acabó. ¿O es que yo estoy equivocado?

Simmons empezó a abrir la boca para replicar, pero no pronunció palabra alguna. Después de mirar fijamente a Jimmy, terminó por soltar una imprecación:

—¡Maldita sea! ¿Cómo se las arregla para sacarme siempre de quicio...?

Jimmy lanzó un bostezo y se sentó en un sillón, diciendo después...

—El señor Butler y yo necesitamos hablar privadamente. ¿Quiere tener la bondad de cerrar la habitación por fuera, teniente?

El policía empezó a enrojecer poco a poco y de pronto estalló, avanzando hacia Cronin:

—¡Está bien...! Usted gana. Pero le he de advertir una cosa. Aún no he entregado a mi jefe el informe definitivo sobre el caso Fortescue. Efectivamente, la impresión oficial era de que la chica se suicidó, pero me olí gato encerrado cuando me di cuenta de que usted no estaba conforme con esa solución... ¡Por eso he demorado unos días la cancelación del expediente! Si usted ha averiguado algo más respecto a la muerte de la muchacha..., ¡tiene la obligación de comunicármelo!

—¿Habla en serio, teniente?

—¡Claro que hablo en serio...! Y le advierto que si no me tiende ahora una mano, le daré motivos para arrepentirse.

—¡Repita otra de sus amenazas y le prometo que le lanzaré de mi habitación a la fuerza! —exclamó Jimmy—. Usted no tiene ninguna autoridad para dirigirse a mí en esa forma. Pídamelo, ruégumelo y quizá colabore con usted. Pero no trate de conseguir

nada de mi coaccionándome, porque pierde el tiempo.

Hubo un silencio en la estancia. Los dos hombres que se enfrentaban se miraron a los ojos sin pestañear. Por fin, Simmons meneó la cabeza en sentido afirmativo, y murmuró:

—Perdóneme, Cronin. Reconozco que, a veces, me extralimito un poco.

—Está bien. Olvídelo.

Simmons adoptó una actitud sumisa mientras Jimmy se metía las manos en los bolsillos del pantalón y empezaba a pasear explicando:

—El caso está así, teniente. Ginia Fortescue fue traída a Montgomery mediante el engaño, quiero decir que inició el viaje con una persona, Sandy Stuart, del que estaba enamorada. Sandy, al fin, la debió convencer para que pasase con él unos cuantos días en Montgomery, pero bien durante el viaje o a la llegada a esta ciudad, Sandy se evaporó.

—¿Cómo lo sabe?

—Sandy Stuart se hallaba el día veinticinco de diciembre en Nueva York. Cenó con una chica aquella noche en el Salón Dorado y quedó citado para el día siguiente a las doce con la misma mujer.

El teniente lanzó un silbido.

—¿Quién es, entonces. —Norman Darrow? Sandy nos declaró que había variado su nombre para evitar complicaciones.

—Paparruchas. Sandy es un tipo de cuidado. Contrabandista de drogas. ¿Qué importancia podía tener para él el viajar con una chica perfectamente presentable? Ustedes pecaron de ingenuos. Creí que no se las tragaban tan gordas.

El policía aguantó estoicamente el vapuleo, preguntando después:

—¿Tiene idea de quién es el hombre que sustituyó a Sandy?

—Eso lo dejaremos para el final. Yo le he dado ya una información; ahora quiero que me dé usted la que yo necesito.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué clase de enfermedad padecía Ginia Fortescue?

Simmons abrió los ojos, asombrado.

—¿Importa eso para el caso?

—Si me contesta a mis preguntas con otras preguntas estaremos aquí toda la tarde, sin conseguir nada.

—¡Está bien! Padecía hiperclorhidria.

En el rostro de Jimmy apareció una sonrisa de satisfacción.

—Me lo suponía —murmuró.

—¿Cómo diablos se las ha arreglado para llegar a esa conclusión?

—Recuerde que el que pregunta soy yo.

—¡Váyase...! —Simmons se contuvo al ver la mirada de reconvención que le dirigía Jimmy.

—¿Qué hay de John Walker, teniente? —inquirió el detective—. Usted lo habrá tenido en cuenta durante la investigación.

—Sí, hemos gastado unos cuantos centenares de dólares de los contribuyentes tratando de dar con ese fulano, pero no hemos conseguido nada. De todas formas, teniendo en cuenta la tesis del suicidio, yo pensé que Ginia Fortescue pronunció ese nombre recordando algún amigo de la infancia.

—¿Cree, de veras, que una persona en trance de muerte no tiene otra ocurrencia que pronunciar el nombre de uno de sus compañeros de juegos de años atrás? Debe estudiar un cursillo de psicología.

—No me diga que le ha echado el guante a ese John Walker.

—Es exactamente lo que he hecho.

Butler saltó, convencido de que su amigo estaba tratando de colocar un cuento a Simmons.

—No te comprometas demasiado, Jimmy. Ya sabes que el teniente es como un escorpión. Te sonreirá por fuera, pero en el momento menos pensado te clavará su aguijón.

Simmons dirigió una mirada furibunda a Sam.

Jimmy calmó a los dos, diciendo:

—Es cierto, muchacho. Tengo a John Walker en el bolsillo.

—¿Se le ha metido el sol en la sesera, Cronin? —inquirió el teniente, arrugando el entrecejo.

Jimmy sacó del bolsillo una caja y se la alargó al policía, indicando:

—Aquí tiene a John Walker. Vamos, cójalo.

El policía puso una cara compungida sin tomar la pequeña caja y miró a Sam, murmurando:

—Esto significa que lo de la permanencia de Sandy Stuart en Nueva York el día veinticinco es también un chisme. ¿Cuántas

botellas de *whisky* se han tomado entre los dos?

Butler contestó:

—Yo he llegado poco antes que usted, teniente. No me meta en el lío. Pero tampoco debe tener en cuenta las palabras de mi amigo. Ha corrido muchos peligros y quizá le hayan dado un cachiporrazo en la cabeza. Por lo visto, aquí nadie se escapa. Por eso no sabe lo que dice.

Jimmy intervino nuevamente:

—¿Green que estoy loco? Siempre me pasa lo mismo. Tengo que luchar contra la inconsciencia y la incomprensión. Pero entiéndalo de una vez. Aquí está John Walker, no hay un hombre ahí dentro. Tenía que ser un genio de las Mil y Una Noches. Lo que contiene son unas pastillas para combatir la hiperclorhidria. John Walker es el nombre del laboratorio que las fabrica. Se pueden comprar en cualquier farmacia del país, a dólar la caja. Su relación con el caso está clara. Ginia Fortescue tomó varios comprimidos de éstos, como acostumbraba a hacerlo, para su hiperclorhidria, pero dio la casualidad de que los habían sustituido por otros de bicloruro de mercurio.

La estupefacción de Simmons y Butler llegó al paroxismo.

El primero cogió ahora rápidamente la caja y la examinó atentamente. Luego se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Es cierto! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? ¡Por todos los demonios...! ¡Si yo mismo he tomado estas pastillas un montón de veces! Una pregunta, y por lo que más quiera, Cronin, no me repita que es usted quien las hace... ¿Por qué Ginia no mencionó en lugar de este nombre, el de la persona que se las hizo tomar?

—La respuesta es sencilla. En primer lugar es más que probable que las tomase a solas, es decir, que el asesino hiciese la sustitución y se marchase. Pero, naturalmente, ella, recordando un poco, pudo haber imaginado quién había hecho la sustitución. Entonces entran en juego los atroces dolores que provoca este envenenamiento. Cuando Ginia llegó a su casa de Nueva York estaba en período agónico, recuérdelo. Llevaba muchas horas con el bicloruro dentro. Debía haber perdido el conocimiento. Si hubiese sido envenenada en Nueva York, el caso habría quedado aclarado en seguida, incluso si hubiera pedido ayuda en Montgomery o en cualquier punto durante su regreso a Nueva York. En fin, todo esto son conjeturas.

Lo cierto es que ella murió y que nosotros debemos prender al asesino.

—¡Pues eso está claro, teniente! —exclamó de pronto Sam Butler, queriendo aportar su granito de arena—. ¡Sólo tiene que detener a Robert Frazier, el patrón de Ginia!

—¿El dueño del cine? —inquirió, perplejo, el policía.

—El mismo —siguió diciendo Sam—. Estuvo en Montgomery el veinticinco y veintiséis de diciembre. ¿No es cierto, Jimmy?

—Así es. No solamente estuvo aquí, sino que habló con Ginia en el apartamento que tenía ella en este hotel.

Simmons se levantó como una centella de la silla, exclamando:

—Robert Frazier, ¿eh? ¡Bien, muchachos! Os juro que le haré sentar en la silla eléctrica.

En aquel instante empezó a repiquetear el teléfono y los tres hombres que había en la habitación se quedaron mirando extáticamente. Cronin, al fin, corrió hacia la mesa y se puso el auricular al oído.

—¿Quién es?

—¿Es usted el señor Cronin?

—Sí. ¿Quién llama?

—El hombre que usted busca.

Jimmy tragó saliva, inquiriendo a su vez:

—¿Qué quiere?

—No se imaginará que le llamo para felicitarle por su actuación en el caso Fortescue.

—No, supongo que no.

—Creo que ya ha hecho usted bastante y que debe darlo por terminado.

—Sabe perfectamente que sus amenazas anteriores no han dado resultado. Tampoco aceptaré esta vez su consejo.

—No se trata de un consejo sino de una orden. Quiero que venga usted aquí. Donde yo estoy.

—No sea usted ingenuo, señor Darrow.

—Lo fui al concederle a usted beligerancia. Sinceramente, subestimé su valía y ahora tengo que echar marcha atrás.

—Ya es demasiado tarde para ello, Darrow. ¿Por qué no se entrega?

Al oído de Jimmy llegó una cosquilleante carcajada.

—Está bien —dijo el detective—. Cuénteme el chiste y me reiré yo también.

—De acuerdo, Cronin —dijo el otro—. Ahí va. Sabe que la única prueba que existe contra mí en este caso es la que pueda derivar de la presencia en Nueva York de Sandy Stuart durante los días veinticinco y veintiséis.

—Se olvida de los empleados que le vieron a usted en el hotel Da Soto.

—Ésos no me preocupan. Mis hombres y mis dólares harán que declaren lo que yo quiera en un caso de apuro. La única que puede hacerme daño es esa chica, Peggy Carpenter. Una verdadera maravilla de muchacha. ¿Sabe que no he podido convencerla de que ella no estuvo el día veinticinco ni el veintiséis con Stuart?

Jimmy se estremeció:

—¿Cuándo ha tratado de convencerla, Darrow?

—Apenas hace cinco minutos. Ahora está aquí a mi lado. Se encuentra un poco asustada y es que, claro, las caras de los hombres que la rodean no tienen para ella una expresión muy benévola.

—Desencuadernaré a cualquiera de sus gorilas domesticados que le ponga una mano encima.

—No creo que esté en situación de amenazar, señor Cronin. ¿Va a venir aquí?

—¿Cree que estoy loco? No creo una palabra de lo que ha dicho sobre Peggy Carpenter. Ella está en Nueva York.

—Yo acabaré con sus dudas. Atención, Cronin. Va a hablar para usted Peggy Carpenter.

Transcurrieron unos segundos de silencio, y de pronto, Jimmy oyó la voz de la muchacha.

—¡Jimmy, no vengas! ¡Es una trampa! ¡Te matarán a ti también!

Jimmy sintió que una corriente gélida le cruzaba por la espalda. Luego oyó la voz del hombre que decía llamarse Darrow.

—¿Convencido, Cronin?

—De acuerdo. ¿Adónde he de ir?

Jimmy creyó por un momento que tenía cogido a Darrow. Éste no sabía que tenía al lado al teniente Simmons y a Sam Butler, quienes seguían atentamente las palabras que él estaba pronunciando. Ahora le daría la dirección y Simmons, con la colaboración de la policía local, se encargaría de hacer abortar

aquel complot. Pero bien pronto sus esperanzas quedaron frustradas, cuando al otro lado del hilo le dijeron:

—Salga del hotel y eche a andar hacia la izquierda. En un momento determinado, un coche se detendrá junto al bordillo de la acera y la portezuela se abrirá. Métase dentro sin pestañear. No lo dude un segundo. Mis hombres tienen orden de disparar contra usted si observan que son seguidos, ya sea por un coche de la policía o por cualquier otro particular. Lo mismo le sucederá a Peggy Carpenter.

—Pero usted nos matará igual si no hago nada.

—Quizá lleguemos a un acuerdo. Si da el soplo todo lo tiene perdido. Arriéguese un poco.

—Está bien. Seguiré al pie de la letra sus instrucciones.

—Buen muchacho. Hasta pronto.

Jimmy colgó, persuadido de que ahora sí que estaba al final de la historia.

—¡Conteste, Cronin! —exclamó Simmons—. ¿Qué le ha dicho ese Darrow?

—Tiene con él a Peggy Carpenter, la chica que cenó con Sandy Stuart el veinticinco. Tengo que ir adonde él está como una res va al matadero.

—¡Usted no consentirá eso! ¡Dígame dónde está!

—No lo sé. He de subir a un coche que se acercará a la acera. Lo siento, teniente, no puede hacer nada, de lo contrario la chica morirá.

—Pero usted se salvará, Jimmy.

—No hay nada que hacer, teniente.

—Me lo dirá por las buenas o por las malas —barbotó Simmons y fue a sacar la pistola.

Pero Jimmy se lo impidió descargándole un terrible trallazo con el puño derecho en la mandíbula.

El policía se desplomó en el suelo, perdiendo el conocimiento por segunda vez, en el corto espacio de una hora.

CAPÍTULO XII

Jimmy Cronin salió del hotel y echó a andar por la acera. Durante los dos primeros minutos no ocurrió nada, pero de pronto un coche negro que venía por detrás se acercó al bordillo e instantáneamente se abrió la portezuela.

—¡Eh, Cronin! —le llamó una voz.

El detective se dirigió resueltamente hacia el coche y penetró en el interior.

Una mano le empujó, quedando sentado entre dos hombres. Inmediatamente, el vehículo arrancó.

En el asiento delantero sólo había un individuo, el que conducía.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó Jimmy.

El sujeto que tenía a su derecha, de hocico saliente y ojos muy separados, hizo una mueca, replicando:

—Estás muerto de miedo, Cronin.

—¿En qué lo has notado, Joe? —inquirió el detective.

—En el tono de tu voz. Una advertencia, no me llamo Joe.

Jimmy distendió los labios en una sonrisa, murmurando:

—De acuerdo, Joe.

El otro entró en acción cogiéndole con la mano derecha un pedazo de carne de la región lindante con el hígado y luego la retorció despiadadamente.

Cronin lanzó un grito de dolor y adelantó el torso, momento que su verdugo aprovechó para asestarle un golpe en la nuca con la mano abierta.

Jimmy se desplomó de rodillas y entonces el que le había pegado le registró, despojándole de las armas que llevaba en la chaqueta.

—Anda, Cronin, siéntate otra vez y no intentes dártelas de valiente.

Jimmy obedeció, rezongando:

—Darrow no cumplió su palabra. Dijo que podíamos llegar a un acuerdo.

—El jefe es un sentimental. No creas que te vayamos a matar ahora. El quiere verte primero.

Jimmy dio un suspiro de alivio. Por la forma en que habían empezado a tratarle creyó que le conducían a cualquier sitio de las afueras de la ciudad para liquidarle.

Minutos más tarde, el vehículo penetró por una gran puerta abierta y, tras cubrir unas cincuenta yardas por un camino, se detuvo.

—Abajo, Cronin. Ya hemos llegado —rezongó el de los ojos separados.

Jimmy descendió del coche y echó una mirada a su alrededor. Frente a ellos había una escalera que conducía a una casa de buen aspecto. Podía ser la mansión de cualquier familia adinerada de la localidad.

—Andando, polizone —le ordenó el otro.

Subieron los peldaños y otro hombre que había de centinela ante la entrada de la casa les franqueó el paso.

Después de cruzar el vestíbulo penetraron en un gran salón, de cuyo techo pendía una flamante araña con todas las bombillas encendidas.

—Es la tercera puerta a la derecha —explicó una vez más el guía.

Era la biblioteca, iluminada con luces indirectas. Al fondo había una mesa en la que se encontraba un hombre que daba la espalda a sus visitantes. Sólo se le veían los brazos apoyados en un sillón.

—Aquí está, jefe —anunció el que llevaba la voz cantante en el grupo.

Hubo un silencio. El hombre a quien había ido dirigida la advertencia no dio señales de vida. Entonces, Jimmy dijo con voz grave:

—Buenas noches, señor Plimmer.

Ahora, el que se sentaba en el sillón empezó a moverse y se incorporó volviéndose hacia Cronin.

Un haz de luz iluminó el rostro de David Hismer.

—¿Cómo se le ha ocurrido llamarme al De Soto? —inquirió el detective.

—Me dejé caer por la cabaña donde debía ver el cadáver de usted y encontré a Tracy y Kerrigan maniatados. Eran un par de estúpidos.

—¿Eran?

Plimmer asintió con la cabeza y luego preguntó, con una suave sonrisa:

—¿Desde cuándo sabe que Darrow era yo, Cronin?

—Si le dijese que empecé a sospechar de usted la primera vez que le vi, no lo creería.

—¿Qué pruebas me acusaban?

—Fue algo intuitivo.

—He oído que usted presume de eso.

—Algo hay, pero en su caso había otras cosas. ¿Por qué diablos me describió tan meticulosamente a Sandy Stuart? Sólo le faltó decirme en qué brazo estaba vacunado. Ello solo podía explicarse de una forma. Usted le conocía perfectamente. También tuve en cuenta lo de que usted no era el tipo de Ginia.

—¿Por qué?

—Usted estaba resentido con ella porque no había conseguido atraerla. Ginia prefería a «los más guapos que usted». ¿Se acuerda? No pudo disimular que estaba enamorado de ella. Iba todas las semanas al cine, pero no por ver el programa sino por ver a Ginia... Apuesto a que el día veintiuno, cuando usted no pudo acudir al cine, no lo hizo porque un cliente se le presentase a última hora de la tarde, fue porque probablemente estaba preparando el golpe para secuestrarla.

—¿Secuestrarla, Cronin?

—Exactamente. Utilizó a Sandy Stuart como gancho. El reunía las condiciones que le faltaban a usted. Es guapo, atlético y hasta, si usted quiere, casi puede sostener una conversación de quince minutos con una chica sin aburrirla. El hizo su papel durante tres meses. Enamorar a Ginia. Cuando la tuvo segura, empezaría a instigarla para que diese su consentimiento respecto a hacer un viaje con él.

Jimmy hizo una pausa. Plimmer continuaba sonriendo.

—Prosiga, Cronin. Su historia es enormemente interesante. ¿Qué más pensé yo?

—Está claro. Sandy se traería a Ginia a Montgomery desde

Nueva York, y usted ocuparía el lugar de él aquí. Usted pretendería acallar los prejuicios de la muchacha ofreciéndole un montón de dólares, llegando incluso a pedirle que fuese su mujer. Dígame: ¿Sandy hizo el viaje o se quedó en Nueva York?

—El apartamento del tren tenía dos camas. ¿Cree que iba a ser tan estúpido como para dejar a Ginia allí, a solas con Sandy, durante la noche?

—¿Y qué justificación dio Sandy a ella para no hacer el viaje?

—En la misma estación, Sandy simuló una conferencia telefónica y después dijo a Ginia que había surgido un contratiempo que le retendría aquella noche en Nueva York. Ginia pretendió quedarse también, pero él la convenció para que subiese al tren, prometiendo seguirla utilizando un avión.

—Estupendamente planeado. ¿Cuándo se hizo usted visible a ella?

—Yo viajaba en el mismo tren aunque en otro vagón. Me hice el encontradizo con Ginia en la estación de Montgomery. Sandy había utilizado el nombre de Norman Darrow sin ella saberlo y reservado habitaciones en el hotel De Soto.

—¿No se extrañó Ginia de verle a usted?

—Un poco. Quiso despedirse de mí y al yo preguntarle sobre el hotel que se hospedaba y ella decírmelo, puse cara de sorpresa contestándole que era precisamente el mismo en que yo me alojaría.

—Pero Ginia empezaría a sospechar que algo no marchaba bien cuando se encontró en el hotel con que Sandy no había llegado y usted ocupaba su apartamento vecino.

—Así fue. Gima estuvo nerviosa todo el día, pero cuando llegó la noche debió decidir que no era mal plan cenar conmigo.

—¿Se declaró usted esa noche, Plimmer?

—No. Me faltó valor. Fue la noche del veinticinco.

—Sí.

—Y Gima le rechazó, naturalmente. Regresaron al apartamento de ella e intentó abrazarla por la fuerza, pelearon y ella se defendió. Ginia debió caer en la pelea o usted mismo la hizo caer, golpeándola. Tenía un arañazo junto a la oreja, el tobillo inflamado y rotas las uñas de los dedos índice y pulgar.

—Es usted muy observador, Cronin.

—Usted, como vecino de Ginia, e incluso por su amistad con el

doctor Mallory, sabía que ella padecía hiperclorhidria. Antes de emprender el viaje estaba decidido a matarla, caso de que ella no accediese a sus deseos. Por ello preparó unos comprimidos de bicloruro de mercurio para sustituirlos por los de John Walker que la chica acostumbraba tomar.

—Una magnífica deducción.

—Y luego, cuando la vio usted tendida en el suelo llorando, después de haberla golpeado, aprovechó el momento para hacer la sustitución de las píldoras. Inmediatamente abandonó el apartamento dando un portazo, no sin decirle antes que la dejaría en paz, que no la volvería a ver. Ginia se encontró prisionera en sus habitaciones y decidió salir a respirar aire puro. El cúmulo de emociones recibidas durante aquellos dos días, el abandono de que había sido objeto por parte de Sandy, el saber que había sido vilmente engañada, habían aumentado la acidez de su estómago. Mientras iba por la calle pensó que podía tomar los comprimidos que llevaba en el bolso. Debió detenerse en cualquier bar e ingerir un par de píldoras. Pero, naturalmente, la medicina esta vez resultó peor que la enfermedad. Creció su dolor y aumentó la dosis... En fin, ¿para qué continuar? Lo que ha hecho usted, Plimmer, es lo más inicuo de que he tenido noticia en los años que vengo enfrentándome con los criminales. Usted es el peor de ellos, el más perfecto de los canallas. La pobre chica no sabía que había sido envenenada y por ello no pudo pedir ayuda a nadie. Usted la dejó morir y tuvo la osadía de presentarse en su casa cuando estaba a punto de dar el último suspiro.

—Era el crimen perfecto —sonrió Plimmer.

—No lo ha sido —replicó Cronin—. Y recibirá el castigo a que se ha hecho acreedor.

—¡Le dije a ese estúpido de Sandy que se encerrase en cualquier lugar de Nueva York para que no le viese nadie mientras Ginia estaba aquí conmigo! Ni usted ni nadie podía haber sabido nada, si él no hubiese fallado. La policía se contentó con la declaración de Sandy.

—Pero yo no.

—Ha sido peor para usted, porque se llevará el secreto a la tumba. He luchado mucho para llegar donde estoy.

—¿Llama luchar a ir extorsionando por ahí a los comerciantes e

industriales? ¿Llama luchar a contrabandear con drogas? Mi amigo Sam Butler no hace más de una hora que me ha ampliado los informes que tenía de usted. Lo de representante de la casa Johnson, fabricante de cochecitos de niño, no era más que una máscara. Usted es el jefe de un gang cuyas ramificaciones se extienden por varias ciudades del Este.

—¿Qué clase de informes le ha dado ese Butler?

—Los más interesantes. Los que nunca fallan. Una relación de varios Bancos de Nueva York de sus ingresos en los últimos dos años. No se gana un millón y medio de dólares vendiendo cochecitos para niño.

Se hizo otro silencio en la estancia, que fue roto por Plimmer al preguntar:

—¿Por qué eliminó a Prazier de su investigación?

—Prazier vino a Montgomery porque Ginia debió telefonearle desde la estación de Nueva York comunicándole que se venía a Montgomery y estaría cinco o seis días sin aparecer por el cine. Prazier estaba enamorado también de ella y sospechó que el viaje estaría relacionado con un hombre, probablemente el que él mismo había visto en la puerta del Odeón esperándola varias veces. Le morderían los celos y al día siguiente se vino también a Montgomery. Durante la mañana del veinticinco dio con el paradero de ella en el De Soto. Entonces trató de llevársela. Ginia, cansada de tanto asedio, debió despedirle con cajas destempladas y él regresó a Nueva York. Su gesto de sorpresa cuando le anuncié que la joven había muerto envenenada fue natural.

—Su instinto otra vez, ¿eh, Cronin?

—Me ha fallado algunas veces, pero pocas.

—¿Y qué le anuncia ahora su instinto?

—Que va a caer en la ratonera, Plimmer.

En aquel momento se oyó un disparo fuera de la casa, Instantáneamente, Cronin golpeó con su puño derecho el rostro del asesino. Los dos cuervos que tenía detrás fueron a sacar sus armas, pero Cronin se arrojó sobre ellos con la potencia de un ciclón.

Golpeó con los puños, con los pies, rodó por el suelo haciendo caer también a los gangsters, y cuando uno de éstos lograba sacar su pistola, la voz del teniente Simmons gritó fuerte:

—¡Al que se mueva le mando al infierno!

Tras el teniente, penetró en la estancia Sam Butler y después varios policías, quienes redujeron a los matones y al propio Plimmer, que intentó resistirse cuando se puso en pie semiinconsciente.

—Ahí le tiene, teniente —dijo Jimmy, señalando al asesino con la mano—. Ése es su hombre, David Plimmer.

Simmons se acarició la mejilla con el cañón de la pistola y murmuró:

—¡Si está claro! ¿Cómo no se me ocurriría antes?

Peggy Carpenter apareció conducida del brazo por un policía.

—¡Suélteme! —gritaba, encolerizada—. ¡Me hicieron venir de Nueva York a la fuerza!

—Es cierto —intervino Jimmy—. Yo avalo esa declaración.

El policía dejó libre a la muchacha, y ésta se acercó sonriente a Cronin:

—Eres un sol, Jimmy —se puso de puntillas y le dio un beso en la boca—. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora? Volver a mi pueblo... ¡Eso es lo que voy a hacer! Y me casaré con Red Adams. Él nunca fue partidario de que me fuese a Nueva York... Me dijo que siempre me esperaría. Ya estoy cansada de tropezar con tipos que no me comprenden. El único has sido tú, Jimmy.

Simmons se acercó al detective, diciendo:

—De buena le he librado, Cronin...

—¿Usted? —rezongó Butler—. Jimmy y yo nos pusimos de acuerdo cuando usted se encontraba en el limbo.

—¿Sí? ¿Qué es lo que acordaron?

Cronin fue quien contestó:

—Barrow o Plimmer, como quiera llamarle, me amenazó con la muerte si el coche que me conducía aquí era seguido. Naturalmente, yo sabía que me liquidaría aunque no me siguiesen. Por ello dije a Sam que viniese detrás en un taxi, a pesar de todo. Tuve que distraer la atención de los bandidos dejándome pegar una paliza. Pero el caso es que dio resultado.

Simmons se acarició la barbilla, replicando:

—Todavía me duele el golpe que me propinó. Un día de éstos tendré que devolvérselo.

—Cuando quiera, teniente —sonrió Jimmy.

—Bueno, ahora tiene que venir con nosotros a la comisaría.

—No, Simmons. Ya he tenido bastantes jaleos por hoy. Preocúpese de llevar a Plimmer a Nueva York. Allí le haré entrega de un informe detallado del caso.

—Adiós, Jimmy —dijo Peggy—. Guardaré un grato recuerdo de ti.

El detective estrechó la mano de la joven, mientras decía al teniente:

—Cuídela, Simmons. Peggy Carpenter es la pieza básica de la acusación contra Plimmer. Yo, en su lugar, me preocuparía de tomar declaración inmediata a los empleados del hotel De Soto y les haría echar un vistazo al que ellos conocen como Norman Darrow. Ya sabe lo que pasa después. Y en cuanto llegue a Nueva York, apriete las clavijas a Sandy Stuart...

—¿Cree que no conozco mi oficio? —rezongó Simmons, un tanto picado.

—Claro que sí. Encontrará dos cadáveres en una cabaña situada en cierto bosque cercano a Montgomery. Plimmer o cualquiera de sus cuervos le indicará su situación. Plimmer les asesinó por fallar el golpe conmigo.

El teniente asintió con la cabeza y respondió:

—Nos veremos en Nueva York, Cronin. ¿Vamos, señorita Carpenter?

Peggy se marchó tras el teniente, quien a su vez salió a continuación de los policías que acompañaban a los detenidos.

Cronin vio un teléfono encima de la mesa y lo cogió, pidiendo una conferencia con un número de Nueva York.

Tras esperar unos instantes oyó el zumbido a la otra parte del hilo. Poco después, una voz soñolienta inquiría:

—¿Quién es?

—Su jefe, muchacha eficiente.

—¡Demonio! ¿No tiene otras horas para llamarme? Estaba en mi primer sueño.

—Pensé que le gustaría saber que el caso Fortescue está solucionado.

—¿Es cierto? ¡Enhorabuena, Jimmy... digo, jefe! Por cierto que hoy ha venido un cliente para encargarle un asunto importante.

—¡Al infierno con él! Sólo me preocupa ahora una cosa.

—¿Cuál es?

—Pasar unas vacaciones en Florida. —Jimmy carraspeó y luego dijo—: Bueno, es una tontería, había pensado compartirlas con usted. Pero claro..., ¿qué le iba a decir a su novio?

Hubo una pausa mientras Susan reía.

—¿Sabe una cosa, jefe?

—¿De qué se trata?

—Yo no tengo novio.

—¿Qué me dice?

—¡Ya lo ha oído!

Jimmy tragó saliva y luego gritó:

—¡Estupendo, ricura...! ¡Voy volando!

Colgó de un golpe y salió corriendo.

Sam Butler fue tras él.

—¡Espérame, Jimmy! ¿Adónde vas?

Cronin se detuvo en el umbral de la puerta y, palmeando la espalda de su amigo advirtió:

—En el caso de que me voy a ocupar ahora no necesito tu colaboración. Sam. Es solamente asunto de dos. Y el otro... ¡es una mujer!

Luego, Jimmy reanudó su carrera, dejando a Butler con la boca abierta.

FIN

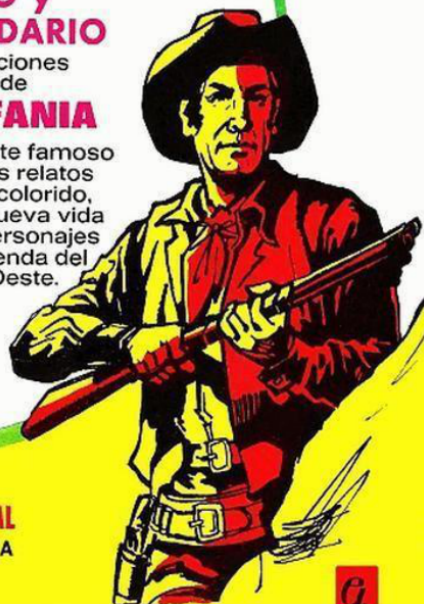
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

